La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 6 de enero de 1908 — Núm. 1.358

MAÑANA DE REYES.—SALUDABLE ADVERTENCIA, dibujo de A. Mas y Fondevila

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. – *El abonado misterioso* (boceto de comedia), por el Bachiller Corchuelo. – Galería de los Uffizi de Florencia. Colección de auto-retratos de artistas célebres. – Monumento á Zanardelli. – Consistorio Pontificio. – Entierro de discos de gramófono en los subterráneos de la Ópera de París. – Muertos ilustres. – Premios Nobel. – El Dr. Ernesto Brenner, presidente de la Confederación Helvética. – *Alegre*, novela de Gustavo Martínez Zuviría. – *El Cinematógrafo*. – El calentador de mediodía. París.

Grabados.— *Mañana de Reyes*, dibujo de A. Mas y Fondevila. – Dibujo de ídem para *El abonado misterioso*. – *Niños millonarios*, fotografía. – Auto-retratos de artistas célebres. – Monumento á Zanardelli. – Consistorio Pontificio. – Entierro de discos de gramófono en los subterráneos de la Opera de París. – *El favorito*, cuadro de J. Cusachs. – *En el taller del maestro*, dibujo de Vierge. – Muertos ilustres. – Premios Nobel. – El Dr. Ernesto Brenner. – Dibujos de Cutanda que ilustran la novela *Alegre*. – El Cinematógrafo. – París. El calentador de mediodía.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y los niños? ¡Esperando juguetes!.. Porque es el momento en que deben tenerlos á espuertas los Magos...

Esperando juguetes se pasa la vida, si lo miramos bien, toda la humanidad; no sólo aquella que todavía tiene el derecho de emocionarse ante un caballo de cartón ó una muñeca de biscuit.

Pensad, en efecto, quiénes son más chiquillos. ¿Los que colocan el zapato en la chimenea la noche del 5 de enero, ó los que en el día consagrado de la lotería de Navidad, el 23 de diciembre, aguardan, con el corazón dando brincos, la aparición de la lista grande?

Al ver el rápido y vertiginoso desenvolvimiento de las esperanzas que la lotería fomenta, se vuelve uno más idealista de lo que es, notando como un sueño puede dar fiebre y hacer temporalmente felices á tantos seres humanos, y al otorgarles esta felicidad imaginaria, arrancarles su dinero contante y sonante, extrayéndoselo como se extraen las muelas, según fama, por medio de la cocaína: sin dolor.

La extracción del dinero es, sin embargo, operación dificilísima, generalmente hablando; pero la lotería hace excepción á esta regla. No sólo afluye y chorrea el dinero en las Administraciones, sino que la participación en los décimos, una vez expedidos, se convierte en verdadero pugilato. Ahora, por ejemplo, en Túy, hubo quien solicitó llorando y de rodillas una participación. El dinero, al llamamiento de la participación, parece brotar del suelo, cuajarse en el aire y caeros en las manos. Es uno de los casos más curiosos y dignos de observarse este furor de desprendimiento interesado que provoca la lotería.

No sólo suscita fenómenos de generosidad: también determina corrientes de superstición. Todo juego (sea ó no sea de azar) posee esta misma virtud. Pero la lotería, juego más general, juego de familia, de todo el mundo, en todo el mundo influye, y revela plenamente que nadie deja de ser supersticioso como un napolitano.

Y es que la lotería, tal cual hoy está organizada, con sus premios fabulosos, su martillec y sugestión incesante de enriquecimiento súbito, sin esfuerzo ni labor de ninguna especie, es el mecanismo más seguro para barajar sesos que cabe inventar.

Yo no soy opuesta á la lotería. Podría serlo si colocase al Estado sobre el individuo. Como coloco al individuo sobre el Estado, no atribuyo á éste papel de tutor y educador de los adultos, y no le llamo inmoral porque ponga á contribución la esperanza. Quizás la lotería es un gran acierto psicológico. Hay muchos días—y un mes entero, el de diciembre—en que la inmensa mayoría de los españoles creen á puño cerrado que van á ser ricos. En ese plazo de tiempo son felices. No cabe pedir más.

Ni son sólo los españoles. La lotería ha andado mucho camino en Europa y América: se juega en todas partes.

Sin embargo, estoy convencida de que es preciso gastar capa de vueltas de *pelús*, comer garbanzos y concurrir diariamente á la *peña* de un café, para sentir, en toda su intensidad, la emoción y el goce peculiar de la lotería. En esos corros tan hispánicos de los cafetuchos y las tertulias camilleras; en la familiaridad, siempre excesiva, del trato que allí se establece, es donde las jugadas de lotería prosperan y se inflan, absorbiendo el escaso numerario disponible de los concurrentes. Allí es donde el comentario mil veces repetido va creando y cristalizando la leyenda, la eterna leyenda del Dorado, que antaño costó tantas vidas.—Esa leyenda refiere como (y se sabe de público) un negociante arruinado, amenazado de la quiebra, con el revólver al alcance ya de la mano temblorosa, recibe devuelto un billete de un socio, lo deja indiferente sobre el pupitre—y amanece seis veces millonario.—Esa leyenda refiere como un empleado de corto sueldo, obligado por un compromiso de delicadeza á aceptar un décimo, é imposibilitado por una enfermedad de dar en él participación á nadie, se levanta de la cama donde pensó dejar los huesos, poseedor de seiscientas mil pesetas. Esa leyenda narra como una modistilla, por arriesgar un duro, consigue un dote de seis mil, con el cual se *establece*. Y esa leyenda, que calienta las cabezas, va contando reiterados golpes de azar, conjuros de hechicería, inesperadísimas venturas que dan vértigo; y no queda nadie sin rascarse el bolsillo, sin tentar á la caprichosa. ¿Quién sabe?.. En estas dos palabras se contiene lo infinito. .

Hecho el sacrificio—tanto mayor cuanto más pequeño, porque está en relación con la exigüidad de la bolsa—empiezan los planes. Este período de los planes es delicioso. Vale él solo por un premio; de los grandes. En él se desahoga la fantasía, se expande el deseo reprimido y callado, se desenvuelve la verdadera individualidad. Dime lo que deseas y te diré quién eres.

Hay innumerables individuos para quienes el ideal se resume en la aspiración del borracho que decía: «Si yo soy rey, no salgo en todo el día de la taberna.» Al calcular la probabilidad de ser ricos, los borrachos (borrachos no de vino solamente) discurren así. El uno piensa en viajes, el otro en coches y automóviles, aquel en construir, el de más allá en convidar, obsequiar y dar dentera... No es por afán de diferenciarme del resto de la humanidad; es acaso que el ver á la humanidad haciendo perpetuamente el mismo gesto, inspira deseos de inventar otro. Ello es que sé decir de mí, con sinceridad absoluta, que al cruzarme por la mente la contingencia de que un décimo comprado sin ilusión alguna puede obtener premio, no recuerdo jamás que esta idea haya ido acompañada de planes. Se me figura que al día siguiente de ganar el *gordo*—si tal breva me cayese—haría exactamente, y por bastante tiempo, la misma vida que hago hoy. Veo en ella poco de modificable, dada mi manera de ser. No negaré que me alegraría mucho, pues á nadie le amarga un dulce; y sería bien simple quien en esto se la echase de estoico. Los planes y los bruscos cambios de situación es lo que no concibo. Lo primero, por fantástico y vano; lo segundo, por cosa de mal gusto, que huele á *parvenu*.

Y volvamos á los juguetes... ¿Cree algún niño en la venida de los Reyes Magos? Es evidente para mí que no; y con todo eso, nunca como ahora estuvo difundida la costumbre de poner el zapatito. Quizás sucede con esto lo que con los reyes de verdad: hoy casi no existe la ciega, antigua adhesión monárquica, y sin embargo, jamás se ha visto tan afianzada la institución, á prueba de revoluciones. Los niños, diplomáticos precoces, aparentan hallarse convencidos de que tres figurones orientales, de luengas barbas y mantos de púrpura, vendrán la noche del 5 á su dormitorio y les dejarán sobre la camita ó en la ventana un cesto colmado de *lalalos*, como en mi tierra se dice... Y riendo de la candidez de sus papás, los pequeñuelos se aduermen, sin pizca de curiosidad de ver á los Magos, porque no los hay—¡si lo sabrán ellos!

Pierden el tiempo los padres que entran de puntillas; no saben que la inocencia desapareció, huyó del mundo, como de Grecia huyó la moral... Es un tácito convenio: los chicos hacen que creen, los padres hacen que aprovechan esa credulidad para sembrar un germen poético en el alma de su prole. Y el nene dice á la nena, cuando la ve extasiada porque los Magos han traído precisamente una muñeca de traje rosa igual á la que ella señaló en el bazar:

—Ere choncha, mujé... ¿No ha de sé igual, si e la mima?

Generalmente, en estas sorpresas meditadas para divertir é impresionar á los niños, quienes se impresionan y solazan son los mayores. Sabemos que el hombre es niño eterno, y que según el gran poeta muerto,

> la niña es la mujer que respetamos,
> y la mujer, la niña que engañamos.

La infantilidad que persiste en nosotros toda la vida, se patentiza en bastantes circunstancias, y una de ellas son las fiestecillas llamadas de los *árboles de Navidad* (no entiendo por qué ha de escribirse de Noel; cualquiera creería que nos falta el vocablo exacto y propio).

Lo primero, noto que cuando en una casa se da este género de fiesta, las señoras metidas en años y que no tienen chiquillería, se pirran porque las inviten, y hasta se pican si de ellas se prescinde. Hay un día en el año en que desearían gastar faldellín, llevar el pelo tendido, un lacito á la izquierda y un hilo de coral rosa al cuello. Si las invitan al fin, el árbol las produce transportes, tan vivos como los que pueden sentir las criaturas: admiran todo en él, los farolillos de papel de seda, los adornos de papel de plata, oro y talco, las monerías pendientes de cada rama; y no sosiegan hasta poder deslizar en el manguito alguna de esas bagatelas, que por una peseta se compra y que generalmente se ofrece al niño del portero... No es el valor del objeto codiciado lo que despierta la codicia: es el encanto de sentirse criaturas una vez más...

Acaso hemos firmado un pacto secreto para estas debilidades... Es un desquite que nos tomamos, contra la suerte avara, que acorta los contados hermosos días y extiende largamente la gris sábana de la vejez. El día 5 de enero, todos quisiéramos ser niños, y que, mientras dormimos, alguien pensase en nosotros para prepararnos una alegre sorpresa...

El año que va á empezar lleva una fecha llena de recuerdos históricos: ¡1908! Este 8 suena virilmente á patriotismo y huele á pólvora. ¡Cómo varía todo, en el espacio de un siglo! 1908 será, de cierto, el más pacífico, el más burgués de los años—al menos en España.—Se festejará, eso sí, el recuerdo de los sitios de Zaragoza; habrá evocaciones de una época de la cual nos separa tiempo tan corto (históricamente hablando), y un abismo, en lo moral..., pero de cierto no realizaremos proeza ninguna, y los recios aragoneses que se defendieron como leones habrán sido acaso los últimos de su raza...

No hay que echar de menos un período tan cruento y terrible como el de la guerra de la Independencia; lo que sí debemos sentir es no poseer actualmente la musculatura moral de entonces. Esta España debilitada y anémica no puede menos de recordarnos, con comparación nada lisonjera, la España que hace cien años daba de sí magnífica muestra al mundo.

1908... Ignoro lo que traerá consigo, pero de seguro no será nada que señale surco muy hondo. Dijérase que cada vez se normaliza y encauza más la vida de las naciones. Las guerras son hoy premiosas, lentas, difíciles de estallar. Las revoluciones—otra forma de la guerra, explosión de la civil—escasean, ó puede decirse que han desaparecido. La iniciada en Portugal tantas veces, aborta de continuo; la de Rusia no acaba de brotar franca; es un sarampión retirado. Europa ha entrado en su edad madura, y de América, donde parecía prolongarse el período constitutivo, cabe ya decir otro tanto: está constituída, dentro de su juventud, como pueblo independiente.

No nos reserva, pues, la política, en el entrante año, ni sustos ni alegrías: pasará el año sin pena ni gloria, como esas piececillas insulsas y esas corridas de toros lánguidas, de las cuales se sale entre bostezo y complacencia. El arte, en este año, ya mordido por la lima á la hora en que mi crónica se publique, ni subirá ni bajará: se mantendrá entre las dos aguas del realismo y del post-romanticismo, que hoy por hoy le bañan. Y respecto á otros acontecimientos..., pudiera adelantar (pero sin salir responsable, porque son cosas que me ha dicho una echadora de cartas, y ya comprenderéis que no merecen fe) lo siguiente:

En Francia se relajará por completo la disciplina militar.

En Alemania enviarán á presidio á Harden.

En el Japón se prepararán muy bien, y sin embargo, no llegarán á enzarzarse con los Estados Unidos

En Rusia morirá Tolstoy, se arrojarán algunas bombas y estallarán varias minas.

En Portugal continuarán los disturbios y continuarán las instituciones.

En Madrid habrá un horrible incendio.

En San Sebastián, la temporada de verano flojeará.

No se ejecutará ninguna pena de muerte.

Lloverán indultos.

Lloverán crímenes espeluznantes.

No faltará un *pendant* á la catástrofe de Riudecañas.

Se estilarán las *sobrefaldas*, que es una moda asaz ventajosa, puesto que lleva mucha más tela, doble hechura, se arruga, pesa y no favorece. Se presta, eso sí, á combinaciones enteramente caprichosas con trajes usados, y *refrescados* ad hoc.

No caerá totalmente el ministerio—gracias á Dios, que estamos enfermos de tanto cambiar sin objeto ni fin.

Y si estas profecías pareciesen aventuradas, recuérdese que el famoso y nunca bien ponderado D. Diego de Torres Villarreal escribió muchas, que unas se cumplieron y otras no, y no le llevaron por eso á la horca. Mi echadora de cartas, sin género de duda, no está ni siquiera á la altura del morabito que en la calle del Cairo, en la Exposición de 1900, me anunció con tal certeza una grave enfermedad para dentro de tres ó cuatro años—y acertó, por desgracia.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL ABONADO MISTERIOSO (BOCETO DE COMEDIA), POR EL BACHILLER CORCHUELO

Dibujo de Mas y Fondevila

ROSITA *(leyendo emocionada).* – «Querido marqués: El telegrama me ha anunciado mi ruina total...»

CUADRO PRIMERO

Camerino de una tiple de moda en uno de los teatros de género chico en Madrid

ROSITA. *(La tiple, vestida de «gatita blanca» y recostada graciosa é indolentemente en una «chaisse longue,» canturrea ensimismada:*

«Ámame y no me olvides,
acuérdate de mí...,
que de día y de noche
solita pienso en ti...»

PELÁEZ *(autor viejo).*—¿Solita y pensando en mí, con el odio que me tienes? ¡Alguna barbaridad pensabas! *(Los contertulios ríen ruidosamente el chiste.)*

CASTO SALCEÑO *(jovencito tan pulcro en el vestir como repugnante de aspecto y escaso de mentalidad).*—Pues Rosita pensaba... *(Con el azoramiento del que quería decir una gracia y le falla el ingenio.)* Pensaba..., pensaba... *(Poniéndose colorado.)*

TODOS *(bulliciosamente).*—¡Que se diga!

CASTO *(fingiendo rubor por lo que iba á decir, cuando en realidad lo siente porque nada se le ha ocurrido).*—No... No lo digo... Era demasiado fuerte el chiste... Ya saben ustedes que los míos chorrean sangre...

PELÁEZ.—Se ve que usted tiene en vez de sesos una carnicería... *(Risa general.)*

PALOMILLA *(músico, cojo y tartamudo).*—Una... car... car... nice... cería... no diré... ré yo... que tenga, pe... pero un pu... puñado de car... carne... en vez de se... se... sesos..., sí... *(Carcajadas.)*

CASTO *(imitando la tartamudez).*—¡Va... va... vaya con... Pa... papamosquilla..., ¡digo!, con Palomilla! *(Nadie ríe. La tiple esboza un mohín de aburrimiento.)* ¡Señores! ¡Que he dicho un chiste!..

PALOMILLA.—Pues..., pues... no lo habíamo... mos nota... tado... *(Pausa. La gente permanece un rato seria, mirando unos al techo, otros á las botas. De pronto Peláez rompe á reir alborotadamente, y al mirarle todos, él hace una seña y la carcajada escandalosa se generaliza.)*

ROSITA.—¿De qué se ríen ustedes?

PELÁEZ *(con risa estruendosa, cómicamente forzada).*—¡Que Casto ha dicho un chiste!

TODOS.—¡Ja, ja, ja!

CASTO *(corrido).*—Señores..., buenas noches... No estoy para *pitorreos*...

ROSITA.—Oiga usted, Casto... ¿Ha cumplido usted mi encargo?

CASTO.—¿Cuál?

ROSITA.—El que le hice á usted anteanoche y anoche y esta noche...

CASTO *(como recordando).*—Espere usted, espere usted...

PALOMILLA.—Mientras lo piensas, dame un pitillo...

CASTO.—Pues no sé dónde lo tengo...

PALOMILLA.—¡Maja... jadero, en la pe... petaca!..

CASTO *(distraido, tira de pitillera, la abre, mira y remira y la cierra, diciendo convencido:)*—Pues no lo tengo. Me lo habré dejado en casa...

PALOMILLA *(estupefacto).*—¿El qué?

CASTO.—¡El encargo de Rosita!.. ¿No has dicho que lo tenía en la pitillera?

TODOS.—¡Ja, ja, ja!

PELÁEZ *(á la puerta del cuarto, á voces).*—¡Avisador! ¡Avisador!

EL AVISADOR *(borracho perdido, á Peláez).*—¿Qué manda usted?

PELÁEZ.—Que levanten el telón y que avises al público que Castito acaba de hacer un chiste magnífico...

EL AVISADOR *(dándose á todos los diablos).*—¿Y para eso llaman?.. *(Yéndose por el pasillo.)* Los vagos estos que no tienen otra cosa que hacer que... *(Como acaba la frase muy lejos, no se oye bien la barbaridad que dice.)*

CASTO *(después de enterarse del motivo de la general hilaridad, reparte pitillos entre los circunstantes y dice á Rosita:)*—¿Qué encargo me hizo usted?

ROSITA.—El del *abonado misterioso.*

CASTO.—¿Cuál?..

ROSITA.—Hombre, vaya usted á comer rabos de pasa... y hará memoria...

PALOMILLA.—¡Ca! De esa última palabra él no pue... puede hacer más que las dos primeras sílabas...

PELÁEZ.—Calla, Novejarque de la tartamudez... No hagas charadas...

EL MARQUESITO *(á la puerta del cuarto).*—¿Da usted su permiso, Rosita?

ROSITA.—¡Adentro!

EL MARQUESITO *(muy nervioso y hablador, tanto, que no deja meter baza á nadie).*—Buenas noches, Rosita... *(Muy precipitado, atropellando las palabras y los ademanes.)* Caballeros, beso á ustedes las manos... Pues sí, Rosita... No he podido resistir al deseo de saludarla y he venido... Estoy en el proscenio de la izquierda, con un amigo muy simpático, admirador de usted, muy admirador... ¡Oh! Un amigo excelente..., que no pierde ninguna función de las en que usted toma parte...

PELÁEZ *(zumbón, con voz de trueno y mirando al folletín del «Heraldo,» dice:)*—*¡El abonado misterioso!* Novela por Ponsón du Terrail. *(Carcajada general que escama al que estaba en el uso de la palabra.)*

EL MARQUESITO *(escamado).*—Le debe usted conocer, Rosita... Aunque acá, para entre nos, es algo raro...

ROSITA *(que si no habla, revienta).*—¿Es ese señor joven, de bigote negro á la borgoñona, que está abonado al proscenio de la izquierda?

EL MARQUESITO.—Sí, sí, Rosita. El mismo.

PALOMILLA *(cantando).*—«Que de día y de noche so... so... solita pienso en ti...»

ROSITA.—Oye, Palomilla, podías ponerte bozal antes de salir de casa... *(Amoscada.)* ¡Qué descaro!

PALOMILLA.—Pa... para descaro el tuyo...

ROSITA *(al marquesito).*—Diga usted, ¿á qué viene ese señor al teatro con tanta asiduidad?

EL MARQUESITO.—¡Vamos! Usted quiere decir por quién viene todas las noches al teatro...

PELÁEZ.—Sí. Porque hace dos temporadas que no falta una noche. Lleva tragadas trescientas *Gatitas blancas*... ¡Que es tragar!.. *(Nueva carcajada ruidosa para molestar á la tiple.)*

ROSITA *(al marquesito).*—Aquí andamos todos muy intrigados... ¿Por quién viene? Porque ya sabe usted que aquí los abonados asiduos vienen de pesca y se averigua hacia dónde tiran el anzuelo... Pronto ó tarde se descubre... Pero su amigo de usted, en

dos temporadas, no ha dicho este anzuelo es mío... No se le ha visto entrar en el escenario, ni hablar con nadie de la compañía, ni de la orquesta, ni de los autores de la casa... ¿Por quién viene al teatro?..

PELÁEZ.—¡Por ver á Palomilla!..

CASTO *(sin miedo á mentir).*—Lo mismo iba á decir yo...

EL MARQUESITO.—Es un tipo muy raro... A decir verdad, le conozco muy superficialmente. Me lo presentó un amigo mío, el vizconde de Guadalante... Se llama Siro Pineda. Es cubano... Creo que posee una gran fortuna. Pero es muy retraído, un poco huraño... Yo he oído hablar de una historia de amores que le hizo huir de su tierra... ¡Una verdadera novela!..

ROSITA.—¡Cuente usted, cuente! Eso es interesante...

EL TRASPUNTE.—¡Que vamos á empezar!..

EL MARQUESITO.—Hasta luego, Rosita.

ROSITA.—No falte usted... *(Desbandada general.)* Y entérese del motivo de su asiduidad..., de quién es *ella*...

PELÁEZ *(con ensañamiento brutal).*—¡Toma! Lee esa carta..., si las lágrimas te dejan... *El abonado misterioso* ha salido de naja hacia los extramuros de este planeta...

ROSITA *(leyendo emocionada).* — «Querido marqués: El telegrama me ha anunciado mi ruina total...

Niños millonarios. Grupo de los niños Vanderbild, Whitney, Morgan é Hitchcock, que tienen una fortuna de 20.000.000 de dólars. (De fotografía de F. Hutin.)

CUADRO SEGUNDO

Palco proscenio, desde el cual se ve un trozo de la escena

EL MARQUESITO *(á Siro).*—Se lo aseguro á usted...

SIRO.—Pues no veo el motivo de esa curiosidad.

EL MARQUESITO.—¿Pero usted no viene por?..

SIRO *(serio y displicente como evitando la respuesta).*—Vengo por pasar el rato...

EL MARQUESITO *(aparte).*—¡Qué extraño! *(Observando á Siro, que está muy inquieto.)* ¿Está usted malo?..

SIRO *(inquieto y nervioso).*—No, no... Escuchemos... Va á cantar Rosita los *couplets*...

EL MARQUESITO.—Es muy graciosa... y se interesa mucho por usted... Antes me preguntó si era usted amigo mío. Y le advierto que, aunque parezca mentira, es de lo más decente que pisa las tablas...

SIRO.—He oído decir que no tiene corazón... Que es muy ambiciosa...

EL MARQUESITO.—Sí. Tal vez lo sea... Desde luego, novio no ha tenido ninguno, pobre ni rico... Sí, dicen, en broma, que espera casarse con un príncipe... *(Siro no le oye ya, atento sólo á la voz, á los movimientos y á los ojos de la tiple, que parece dedicarle su labor, según la insistencia con que le mira.)*

UN ACOMODADOR.—Para D. Siro Pineda han traído del hotel este telegrama...

SIRO *(tomándolo presuroso).*—Dámelo... *(Vase el acomodador.)* Con permiso de usted, marqués. *(Abre el telegrama y á medida que avanza en la lectura, palidece y tiembla.)*

EL MARQUESITO.—Perdone usted. ¿Alguna desgracia de familia?

SIRO *(con voz ronca).*—Yo no tengo familia...

EL MARQUESITO.—¿Algún... disgusto?

SIRO *(levantándose y poniéndose el abrigo).*—Con permiso de usted, marqués, me voy... Tengo que contestar este telegrama... Muchas gracias por su interés... Esto no es nada...

EL MARQUESITO *(estrechándole la mano).*—Lo celebraré mucho... Beso á usted la mano.

SIRO *(después de ponerse el sombrero de copa y los guantes, mira á la tiple con indefinible expresión de angustia y dice tristemente al marqués, que queda muy impresionado).*—¡Buenas noches!

CUADRO TERCERO

En un rincón del escenario, en un entreacto

EL MARQUESITO *(con el semblante demudado).*—Al caer el telón, un acomodador me entregó una carta del *abonado misterioso*... Léanla ustedes. Se ha pegado un tiro... *(La carta pasa de mano en mano después de leída.)*

PELÁEZ.—¡Qué bárbaro!.. Voy á llevarle la mala noticia á Rosita. Ella estará muy acalorada por el trabajo y así se quedará fría... No dirá que no la quiero... *(Risas.)*

ROSITA *(que llega al escenario).*—¿Qué pasa?

Dígale usted á ELLA que frecuenté el teatro con la ilusión de ofrecerle la fortuna que un pleito se me ha llevado... Como estando arruinado ni ella me querría ni yo la ofrecería mi amor, ni me es posible la felicidad, he resuelto pegarme un tiro... Como quiero que mis restos descansen en mi tierra y la traslación sería muy cara, he decidido que Nelo, mi fiel criado, realice la incineración de mi cadáver en el horno que á prevención compré en los Estados Unidos. Mis cenizas, pues, volverán á América.» *(Rosita deja de leer porque las lágrimas están á punto de caer de sus ojos.)*

PELÁEZ.—¡Nos ha fastidiado!.. Porque así no hablarán los periódicos... ¡Tan á gusto que le hubiera leído el *suceso* á Rosita!.. *(Esta no puede contestar. La emoción no la deja y al mismo tiempo el miedo á que se le caigan las lágrimas y la vean llorar la clava en el sitio.)*

CUADRO CUARTO

A la puerta de casa de Rosita

ROSITA *(al descender del carruaje, estupefacta).*—¡Usted! ¿Usted? ¡Pero usted!..

SIRO *(sonriendo maliciosamente).*—Yo..., sí...

ROSITA.—Pero usted no...

SIRO.—No soy un muerto..., ni pienso serlo... Al revés, creo ser un *vivo*... y voy á demostrárselo... *(Rosita no puede hablar. Su padre, que la acompaña, cree ser víctima de un sueño.)* La adoraba por hermosa, pero para ofrecerle á usted mi mano necesitaba saber si tenían razón los que decían que no tenía usted alma... Para saberlo, urdí la novela que la han contado y escribí mi carta de suicida... Y usted ha llorado por mí, á pesar de creerme arruinado... ¡Usted tiene alma! Está usted completa: ¡un cuerpo y un alma hermosos!.. ¿Me perdona usted el modo de enamorarla? ¿Acepta usted mi amor? *(Rosita deja caer dos lágrimas, y aunque quiere contestar algo, que su emoción no le permite definir, calla.)* ¡No conteste usted, no es preciso!.. Ya sé lo que deseaba saber... Ya sé que somos felices...

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

Uno de los museos más ricos del mundo es indudablemente la Galería de los *Uffizi* de Florencia, fundada por los príncipes de Médicis y constantemente enriquecida con nuevas y valiosas adquisiciones artísticas. Entre los más preciados tesoros que contiene, merece figurar en primer término la colección de auto retratos de artistas célebres, comenzada por el cardenal Hipólito de Médicis y que abarca los de los más famosos pintores y escultores de distintos países desde el siglo XV hasta nuestros días. Basta decir esto para que se comprenda la importancia excepcional de esta colección, única en el mundo.

Deseosos de que esta colección figurase en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, no hemos perdonado esfuerzo ni sacrificio hasta conseguir la debida autorización para reproducir esas joyas pictóricas de los maestros más eminentes, y hoy tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros lectores que hemos logrado nuestro propósito y que, desde el presente número, publicaremos la serie completa de esos auto-retratos agrupados en láminas, por orden cronológico, y acompañados de unas ligeras descripciones con los principales datos biográficos de cada artista.

A continuación damos los correspondientes á los que figuran en la lámina de la página siguiente.

Juan Bellini. — Nació en Venecia en 1426 y, en unión de su hermano Gentile, decoró el gran salón del consejo con pinturas que representaban las grandes gestas de la República, en la guerra y en la paz. Tuvo por discípulo á Giorgione y al Tiziano, y á su liberalidad debieron los venecianos el conocimiento del secreto de la pintura al óleo que hábilmente había sabido obtener de Antonio de Messina. Entre sus obras más bellas se cuentan: un *San Zacarías*, una *Bacanal*, que dejó sin concluir y que terminó el Tiziano, y una *Virgen en el trono*. Murió en Venecia en 1506.

Alejandro Botticelli.—Nació en Florencia en 1447 y trabajó en el taller de Filippo Lippi, de quien fué discípulo predilecto. Sixto IV le llamó á Roma, confiándole la intendencia de las pinturas de su capilla del Vaticano, en la que Botticelli ejecutó sus más importantes obras *(Moisés matando el egipcio, El castigo de Coré, La tentación de Jesús)*. Pío IV le colmó de beneficios, pero el artista no tardó en disipar sus riquezas y regresó pobre á Florencia, en donde habría muerto de hambre, á no haberle socorrido algunos amigos y protegido Lorenzo de Médicis. Allí murió en 1505.

Leonardo de Vinci.—Nació en el castillo de Vinci, junto á Florencia, en 1452. Fué pintor, escultor y arquitecto famosísimo; demostró desde muy niño excepcionales aptitudes para el dibujo, las matemáticas y la música, y fué discípulo de Verocchio. El duque Luis Sforza le llevó á su corte de Milán, confiándole la misión de fundar una academia de ciencias y bellas artes; allí ejecutó importantes trabajos pictóricos y escultóricos, entre ellos la magistral *Cena*, que terminó en 1499, y el modelo de la estatua ecuestre de Francisco Sforza. Cuando Luis XII se apoderó del Milanesado, regresó á Florencia (1500). En 1502, César Borgia le nombró arquitecto é ingeniero de sus Estados; algún tiempo después estuvo en Roma. En 1507 volvió á Milán y, tras una corta estancia en Florencia, regresó á Milán. Desde allí acompañó á Francisco I á Francia, en donde murió en 1519, en el castillo de Clou, cerca de Amboise.

Filippino Lippi.—Nació en Prato en 1460 y recibió las primeras lecciones de arte de Diamante, perfeccionándose luego al lado de Botticelli. Terminó los frescos comenzados por Masaccio en la iglesia del Carmine de Florencia, decoró en Roma la capilla de familia del cardenal Caraffa, y de regreso en Florencia pintó la capilla de los Strozzi, en Santa María la Nueva, y un fresco para una *villa* de Lorenzo de Médicis, que su muerte, acaecida en 1505, le impidió terminar. Aparte de los trabajos nombrados, pueden citarse como sus mejores obras: una *Sagrada Familia*, la *Muerte de Lucrecia*, *La adoración de los magos*, *Descendimiento de la Cruz*, etc.

Quintín Metsys.—Nació en Lovaina en 1466, fué admitido en 1491 en el gremio de San Lucas, de Amberes, y murió en esta última ciudad en 1530. Estuvo en relaciones íntimas con hombres tan ilustres como Erasmo de Rotterdam, Pedro Egidio, Tomás Moro y Durero, y fué también poeta y músico notable. Su cuadro más célebre es un tríptico, el *Descendimiento de la Cruz*, que pintó para la corporación de los carpinteros de Amberes; muy famosos son también *Los usureros*, *Retrato de un joyero*, etc.

Alberto Durero.—Nació en Nuremberg en 1471,

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres

Juan Bellini, italiano (1426-1506)

Alejandro Botticelli, italiano (1447-1505)

Leonardo de Vinci, italiano (1452-1519)

Filippino Lippi, italiano (1460-1505)

Quintín Metsys, flamenco (1466-1530)

Alberto Durero, alemán (1471-1528)

Lucas Kranac, alemán (1472-1553)

Morto da Feltre, italiano (1474-1509)

Juan de Nicolás Dosso, italiano (1474-1558).

LÁMINA 1.ª—FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

estudió pintura con Wohlgemuth y recorrió Alemania desde 1492 á 1494; de aquella época es su famoso dibujo *Orfeo*, considerado como obra maestra. En 1505 fué á Venecia, de donde pasó á Bolonia, regresando en 1507 á su patria; de entonces data su principal gloria. En 1520 visitó los Países Bajos y por aquel entonces Maximiliano le nombró pintor de la corte imperial, título que le confirmó Carlos V. Murió en su ciudad natal en 1528. Brilló como retratista y también como grabador al agua fuerte.

Lucas Kranach.—Nació en Kranach en 1472; su apellido es incierto, pues, según unos, llamábase Müller, y, según otros, Sünder. En 1504 era pintor de cámara del elector de Sajonia, Federico *el Prudente*, quien en 1509 le envió á los Países Bajos, y con quien hizo una peregrinación á Jerusalén que duró diez años. Gozó también del favor de los sucesores de aquél, Juan el *Perseverante*, y, sobre todo, de Federico el *Magnánimo*. Fué burgomaestre de Wittenberg en 1540 y murió en Weimar en 1553. Su obra es inmensa, y para comprender la importancia de la misma, bastará decir que se considera á Kranach como al Rafael de la escuela alemana.

Morto da Feltre.—Nació en Feltre hacia el 1474, estuvo en Roma, en donde se aficionó á la pintura de arabescos que luego introdujo en Venecia y en la que alcanzó gran fama. Colaboró con Giorgione en la decoración del *Fondaco de Tedeschi*; pero á pesar de sus triunfos como pintor, dejó el pincel por la espada y nombrado capitán pasó á Dalmacia, pereciendo, en 1519, en un combate.

Juan de Nicolás Dosso.—Nació en Ferrara en 1474, y él y su hermano Juan Bautista fueron los fundadores de la escuela ferraresa. Fueron discípulos de Lorenzo Costa; estuvieron en Roma y en Venecia, en donde permanecieron cinco años, y regresaron á Ferrara, cuyos duques Alfonso y Hércules de Este les protegieron. El duque de Urbino les encargó el decorado de su quinta de recreo de Pésaro. Juan Bautista no llegó nunca á valer lo que su hermano, de quien fué siempre envidioso, causándole grandes disgustos y graves perjuicios. Sus pinturas *Jesús entre los doctores*, *Los cuatro doctores de la Iglesia* y *La Circuncisión* son obras de gran belleza.—Z.

Monumento á Zanardelli, recientemente inaugurado en Bolonia, obra de Héctor Ximenes. (De fotografía de Carlos Trampus.)

BOLONIA

MONUMENTO Á ZANARDELLI

OBRA DE HÉCTOR XIMENES

La ciudad de Bolonia ha erigido este hermoso monumento á la memoria del gran estadista italiano, nacido en Brescia en 1826 y muerto en Maderno en 1903, que combatió como voluntario contra Austria en 1848, fué ministro varias veces de Obras Públicas, del Interior y de Gracia y Justicia, tres veces presidente de la Cámara y presidente del Consejo de Ministros desde 1901 á 1903, y cuyo nombre va unido á la obra de la compilación del nuevo Código penal italiano, puesto en vigor en 1890.

El monumento es obra del escultor italiano Héctor Ximenes, y, como todas las composiciones de este famoso artista, llama la atención por la grandiosidad con que está concebido, por la belleza de la idea que representa y por su perfecta ejecución.

ROMA. – CONSISTORIO PONTIFICIO

En el Consistorio secreto celebrado en 16 de diciembre último, S. S. Pío X nombró seis nuevos cardenales, que fueron: tres italianos, monseñores Rinaldini, Gasparri y De Lai; dos franceses, monseñores Andrieu y Lucón, y un español, el arzobispo de Burgos, señor Aguirre y García. En la alocución que con este motivo pronunció el Sumo Pontífice, lamentóse de la persecución de que es objeto la Iglesia en muchos países, especialmente en Francia, y condenó una vez más las doctrinas de los llamados católicos modernistas.

Tres días después efectuóse el consistorio público en que el papa impuso el birrete cardenalicio á los nuevos purpurados.

El cardenal Aguirre tomó posesión el día 26 de la iglesia de San Juan Ante Portam Latinam, de la que es titular; después de la ceremonia, su eminencia recibió á los invitados en el Colegio internacional de San Antonio, siendo muy felicitado.

Roma.—Consistorio celebrado el día 19 de diciembre último en el salón de las Bendiciones del Vaticano y en el que S. S. Pío X impuso el capelo á los cardenales últimamente nombrados. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

PARÍS. — ENTIERRO DE DISCOS DE GRAMÓFONO EN LOS SUBTERRÁNEOS DE LA OPERA.

A principios del año pasado, un norteamericano, Mr. Alfredo Clark, presentóse al bibliotecario de la Opera de París y le habló, poco más ó menos, en los siguientes términos: «¿No creéis que tendría para nosotros gran interés saber de un modo exacto cómo Molière recitaba sus comedias, cómo Talma declamaba los versos de Racine y de Corneille, cómo ejecutaba Mozart alguna de sus sonatas y cómo Sofía Arnould cantaba un aria de Rameau ó de Gluck? Pues bien, lo que nuestros ascendientes no pudieron hacer por nosotros, podemos nosotros hacerlo por nuestros descendientes. Podemos, en efecto, registrar una colección de piezas instrumentales de las que figuran en el repertorio de la Opera, por ejemplo, y transmitirlas de tal suerte que los franceses del siglo XXI conozcan exactamente á qué compás llevaba tal director esa pieza ó qué expresión daba cual cantante á esa otra. Voy á entregaros un aparato y discos y los encerraremos en una caja cuya llave quedará en vuestros archivos y que se abrirá dentro de cien años. Dadme el sitio necesario, y yo me encargo de lo demás.»

El bibliotecario, M. Malherbe, seducido por la originalidad y novedad de aquella proposición y convencido del importante servicio que su realización podía prestar á la historia musical y al arte, la aceptó desde luego, y obtenido el consentimiento de M. Dujardin-Beaumetz, secretario de Estado en Bellas Artes, para ponerla en práctica, construyóse una especie de bodega en los subterráneos de la Opera, en tanto que el eminente químico M. Bardy resolvía el problema de la conservación intacta de los discos, introduciendo en su composición química una nueva substancia.

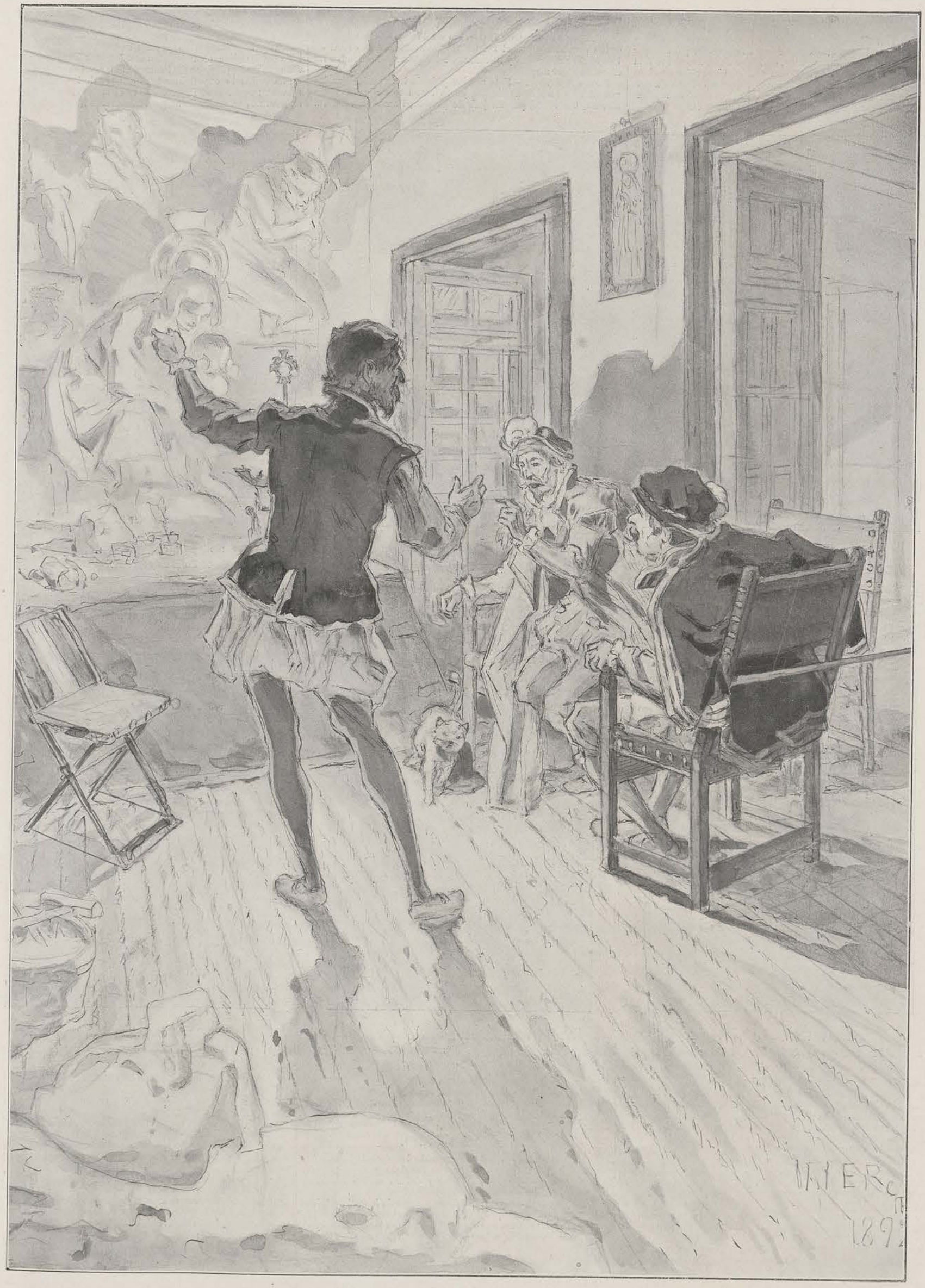
Y el día 24 del mes pasado, en presencia del gobierno, representado por los Sres. Adriano Bernheim, Esteban Port y Gabriel Faure, jefes de gabinete del ministro Briand, y del secretario Dujardin-Beaumetz; de la dirección de la Opera, personificada en los Sres. Gailhard y Gheusi; del generoso iniciador de la idea, M. Clark, y de varios periodistas y artistas de la Opera, procedióse á la singular ceremonia del «entierro» de varios discos impresionados por artistas tan eminentes como la Patti, la Melba, la Merentié, Tamagno, Caruso, etc.

Después de una audición de todos los discos, éstos fueron colocados de manera que no estuviesen en contacto unos con otros y puestos en una doble caja, en la que se hizo el vacío. Este recipiente fué introducido en uno de los compartimientos dispuestos en una pared expresamente construída para recibir las cajas de discos que se irán depositando allí cada veinte años y que no podrán ser abiertas hasta que haya transcurrido un siglo.—R.

París.—Entierro de discos de gramófono impresionados por los más notables cantantes, en los subterráneos de la Opera. El arca en donde están encerradas las marmitas de cobre que contienen los discos.

París.—Ceremonia del entierro de los discos de gramófono, impresionados por los más notables cantantes, en los subterráneos de la Opera
Operación de sellar la marmita de cobre que contiene los discos. (De fotografías de M. Branger.)

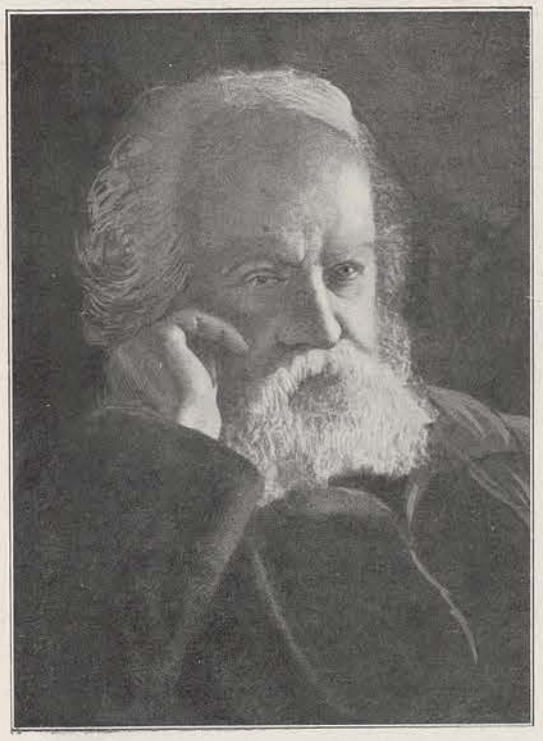
EL FAVORITO, cuadro de José Cusachs (Salón Parés)



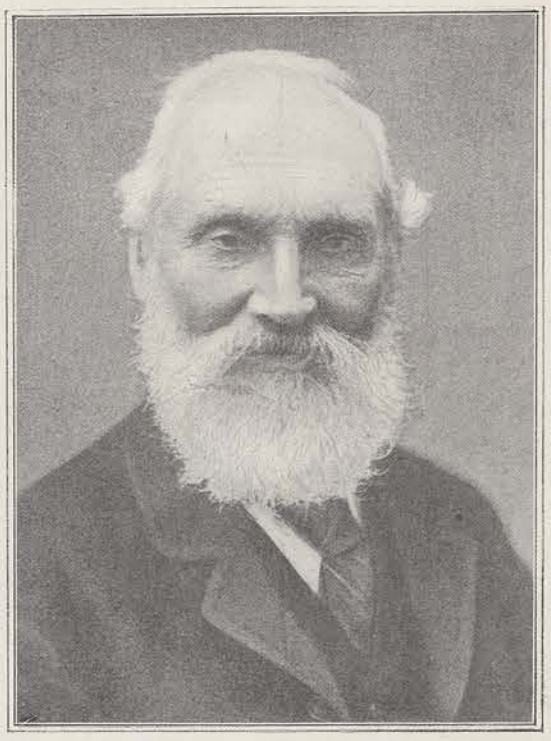
EN EL TALLER DEL MAESTRO, notable dibujo del eminente y malogrado dibujante Daniel Urrabieta Vierge

MUERTOS ILUSTRES

JULIO JANSEN. – Nació en París en 1824. Dotado de aficiones artísticas, después de haber estudiado pintura, para la que demostraba especiales aptitudes, dedicóse definitivamente á la ciencia, por la que sentía verdadera pasión. Licencióse en ciencias matemáticas y físicas, y una vez doctorado, comenzó á distinguirse por sus trabajos personales, muchos de ellos realizados en el observatorio de Meudón, fundado por él.



Julio Jansen, astrólogo francés, fallecido en Meudón en 23 de diciembre de 1907



Lord Kelvin, físico inglés, fallecido en Netheral (Escocia) en 17 de diciembre de 1907

Boris Sarafof, jefe de los revolucionarios macedonios asesinado en Sofía en 11 de diciembre de 1907

Una actividad incesante, una verdadera intrepidez científica, tales fueron los principales rasgos característicos de este sabio, que, para observar los fenómenos que le interesaban, no vaciló en emprender los más largos viajes á Egipto, á la India, al Japón y á las islas Carolinas. En 1870 salió de París en globo, á fin de poder presenciar un eclipse de sol en Argelia. En 1889, cual si presintiera la telegrafía sin hilos, llamó la atención sobre la utilización de la Torre Eiffel para las comunicaciones telegráficas á gran distancia. Era miembro de la Academia de Ciencias desde 1873.

LORD KELVIN. – Guillermo Thomson, que este era el nombre del eminente físico inglés recientemente fallecido, nació en Belfast en 1826, estudió en las universidades de Glasgow y de Cambridge y fué nombrado en 1845 profesor de la primera, en 1866 caballero y en 1892 par, con el título de Lord Kelvin. El número de sus inventos es considerable; entre los más importantes, citaremos el sistema de emisión de señales en los cables submarinos; el galvano con espejo, que es la maravilla de los instrumentos de medida eléctrica y que completó con el *siphon recorder;* la brújula de su nombre, que remedió la inutilidad de la antigua en los buques de acero y con grandes maquinarias; la sonda que permite efectuar sondeos á los buques en marcha, sea cual sea su velocidad, y el aparato para predecir las mareas.

Lord Kelvin fué quien concibió y precisó el principio de la «conservación de la energía» que hoy preside en la ciencia en general y que con el de la «conservación de la materia,» enunciado por Lavoisier en el siglo XVIII, forman la base firme en que se asienta todo el edificio de las verdades científicas.

Era grande oficial de la Legión de Honor, miembro de la orden prusiana «para el mérito,» comendador de la orden de Leopoldo de Bélgica y miembro de las principales academias científicas del mundo.

BORIS SARAFOF. – Este célebre jefe de los revolucionarios macedonios ha sido asesinado, junto con uno de sus lugartenientes, Garvanof, por un jefe de partida, llamado Paritza, á causa, según parece, de su actual oposición á la sublevación armada. Había servido en el ejército búlgaro, del que se retiró en 1899 para dedicarse á la revolución. Dotado de un carácter enérgico é indomable, de mucha inteligencia y de grande ilustración, y popular en extremo, era un hermoso tipo de guerrillero, que había jurado libertar á Macedonia del yugo turco y había fundado, con Tzutchef y algunos más, la organización interna de la rebelión contra el poder otomano.

Rudyard Kipling, poeta inglés que ha obtenido el premio Nobel para la Literatura en 1907

Alberto Michelson, físico norteamericano que ha obtenido el premio Nobel para la Física en 1907

Dr. Ernesto Brenner, elegido presidente de la Confederación suiza para el año 1908

PREMIOS NOBEL

Completando la serie de retratos de los agraciados con los premios Nobel en 1907, publicamos los del eminente poeta y novelista inglés Rudyard Kipling y del no menos eminente físico norteamericano Alberto Michelson.

Rudyard Kipling es indudablemente uno de los más originales y vigorosos escritores de Europa y el astro de mayor magnitud que desde la muerte de Carlos Dickens ha brillado en el ciclo de la literatura inglesa. Nació en Bombay en 1865 y, muy joven aún, publicó sus primeras novelas de asunto indo-europeo, que luego reunió en el tomo *Plain Tales from the Hill.* En 1889 hizo un gran viaje por China, Japón, Oceanía y Africa, enviando durante el mismo á los principales diarios ingleses artículos, novelas y poesías, inspirados en las glorias conquistadoras de Inglaterra, que le valieron el calificativo de poeta imperialista. Este mismo carácter tienen todas las magníficas poesías que publicó durante la guerra anglo-boer. En otros géneros le han conquistado universal fama los dos *Jungle Bookss* libros en que se revela una inspiración potente y las *Historia, para niños,* narraciones de gran belleza.

Alberto Michelson nació en Strelno (Alemania) en 1852, hizo sus estudios científicos en los Estados Unidos y en 1892 fué nombrado profesor de Física de la Universidad de Chicago. Se ha dedicado especialmente al estudio de los fenómenos luminosos; y gracias al interferómetro de su invención y que lleva su nombre, ha realizado un gran número de importantes observaciones sobre los movimientos de las ondas y los movimientos interferenciales de la luz. Ha inventado también multitud de aparatos de suma utilidad para el análisis espectral y para la astronomía.

EL DR. ERNESTO BRENNER

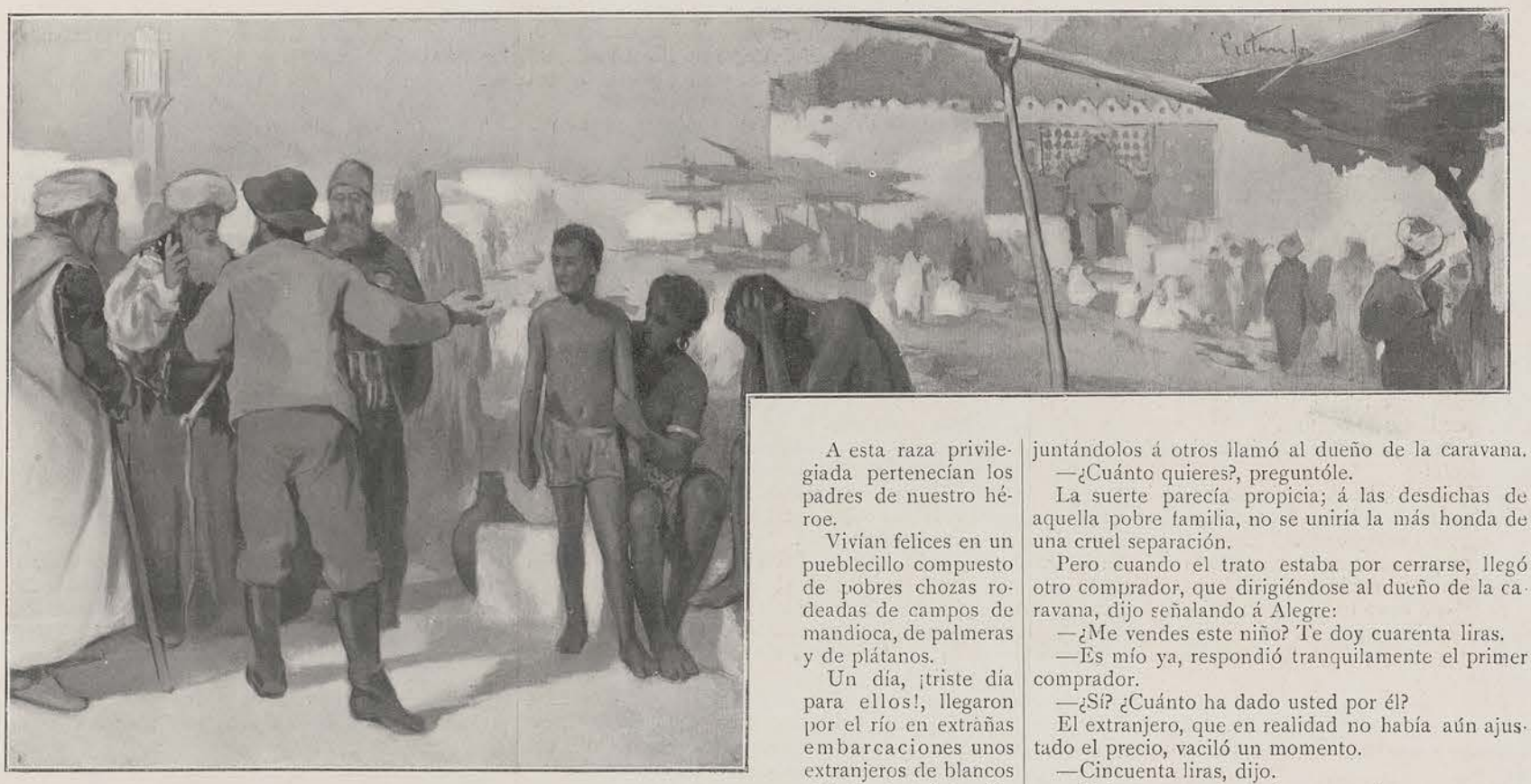
La Asamblea federal eligió, en 12 de diciembre último, presidente de la Confederación suiza para el año 1908 al doctor Ernesto Brenner, que cuenta cincuenta y un años de edad. Hijo de un comerciante de Basilea, siguió la carrera de Derecho en las universidades de su ciudad natal, Munich y Leipzig, de donde regresó á su patria en 1879, tomando allí los grados de licenciado y de doctor. En 1881 fué nombrado miembro del Gran Consejo y en 1884 ministro de Justicia y Cultos. Tres años después entró en el Consejo Nacional, cuya presidencia ocupó en 1897; en ese mismo año pasó á desempeñar la cartera de Justicia y Cultos en el Consejo Federal, realizando entonces la obra de la reforma del Código Civil y la revisión de otras leyes importantes.

La unanimidad con que ha sido elegido demuestra las simpatías y la confianza que se ha conquistado entre sus compatriotas.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29, Bd des Italiens.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA



Los padres de Alegre, con la muerte en el alma...

I

EL MERCADO DE ESCLAVOS

Tenía doce años. Sus facciones eran finas, sus ojos negros y profundos como la noche, y su sonrisa, aquella sonrisa que alegraba su rostro, descubría dos hileras de dientecillos blancos y apretados como perlas de Ceylán.

Pero su tez era obscura como los pétalos sedosos del pensamiento.

Parecía un serafín carbonizado.

Su nombre..., ¿quién podía saber su nombre cuando él mismo lo ignoraba? En el pueblo llamábanle Alegre, porque así lo había bautizado el tío Delfín. Y en verdad que aquel apodo gracioso le cuadraba á maravilla, porque era alegre como los pájaros cuando cantan, como los corderos cuando triscan, como las praderas cuando sonríen, como los arroyuelos cuando murmuran, como todas las cosas alegres... Y sin embargo, allá en la profundidad de sus ojos negros, cuando estaba pensativo, veíase brillar un relámpago de tristeza; quizás era un recuerdo que venía á desflorar la tranquila superficie del mar de su alma; tal vez era que leía en su mente alguna página obscura de su historia.

Porque Alegre tenía una historia, más larga que su vida.

Pocos en el pueblo sabían algo de ella, y entera, sólo su amiguita Flor del Aire llegó á conocerla, cuando él entre avergonzado y gozoso contósela, en cambio de algo muy dulce.

De los lugares donde corrieran sus primeros años, sólo recordaba confusamente un inmenso bosque tendido en la margen de un río; un sol abrasador, una atmósfera de fuego; noches lujosas, pobladas de rugidos de aquellos animales que sólo vió muertos, y que le hacían temblar de miedo en su camita de hojas de palmera.

Era un rincón de las selvas africanas.

Sus padres habían sido negros como él; recordábalos en todo el esplendor de una hermosura y robustez incomparables.

Hay en el Africa occidental, en las costas del golfo de Guinea, una soberbia raza de negros. Son los *pamúes*, cuya tez no tiene el color intensamente obscuro y repugnante de los demás indígenas; en sus ojos grandes y animados chispea una inteligencia nada común; su cabello es largo, y sus facciones, prescindiendo del color, no tienen nada que envidiar á las más puras del tipo caucásico.

A esta raza privilegiada pertenecían los padres de nuestro héroe.

Vivían felices en un pueblecillo compuesto de pobres chozas rodeadas de campos de mandioca, de palmeras y de plátanos.

Un día, ¡triste día para ellos!, llegaron por el río en extrañas embarcaciones unos extranjeros de blancos rostros, que incendiaron el pueblo, asesinaron á muchos de sus habitantes, se apoderaron de los más hermosos y robustos y después de encerrarlos en la sentina de sus barcos abandonaron el país.

Alegre iba entre ellos. ¡Cuánto tiempo pasó al lado de sus padres en aquel obscuro rincón! Los veía llorar y lloraba, sin comprender casi la causa de su llanto.

Un día el buque en que iban se detuvo. Sus dueños abrieron las escotillas y los sacaron al puente; desde allí pudieron ver que estaban en una ciudad. Desembarcaron y reunidos en larga caravana empezaron una triste jornada.

Desde aquel día, caminaron muchos más á través de un país desconocido.

Cuántas veces en su larga y dolorosa peregrinación, siguiendo las ásperas sendas abiertas por las caravanas que pasaron antes, el pobre niño, impotente para dar un paso más, soltaba el dique á sus lágrimas, y su madre, viéndolo llorar, lo estrechaba entre sus brazos diciéndole:

—No llores, hijo mío; esto concluirá pronto, y la desgraciada, queriendo enjugar las lágrimas de su hijo, sólo conseguía aumentarlas con las suyas.

Y cuántas veces amargaba aquellas tiernas efusiones la voz del guardián que decía al niño con siniestra risa:

—No llores, desgraciado: aún te falta lo mejor; guarda tus lágrimas para entonces.

Tras largas jornadas, llegaron á una ciudad que les pareció inmensa. En ella pudieron descansar algunos días, regularmente alimentados. Sus amos destinábanlos al mercado de esclavos, y mala figura hubieran hecho allí con sólo la piel y los huesos.

Un día, al amanecer, lleváronlos á una extensa plaza.

Razón tenía el guardián de la caravana cuando decía al pequeño *pamú* que no llorara todavía. El, que por dichosas casualidades había ido hasta entonces con sus padres, estaba destinado á sufrir un dolor mayor que todos los sufridos.

Poco á poco habían ido llegando los mercaderes de carne humana, que en breve serían sus dueños.

Algunos de ellos se estacionaron frente al grupo de los *pamúes*, los más hermosos tipos de esclavos que había en el mercado.

Los padres de Alegre sentían congojas de muerte. ¿Serían vendidos á un solo dueño ó los separarían para venderlos á varios, que habían de llevarlos á distintos países donde jamás se volverían á ver?

Un mercader se había acercado al grupo de los tres hermosos negros; examinólos prolijamente y juntándolos á otros llamó al dueño de la caravana.

—¿Cuánto quieres?, preguntóle.

La suerte parecía propicia; á las desdichas de aquella pobre familia, no se uniría la más honda de una cruel separación.

Pero cuando el trato estaba por cerrarse, llegó otro comprador, que dirigiéndose al dueño de la caravana, dijo señalando á Alegre:

—¿Me vendes este niño? Te doy cuarenta liras.

—Es mío ya, respondió tranquilamente el primer comprador.

—¿Sí? ¿Cuánto ha dado usted por él?

El extranjero, que en realidad no había aún ajustado el precio, vaciló un momento.

—Cincuenta liras, dijo.

—Se lo compro á usted por sesenta.

El dueño de la caravana olfateó un buen negocio, y con los ojos brillantes de codicia, intervino en el diálogo.

—Esperen ustedes...; el niño es mío; no lo vendo por tan vil precio.

—¡Cómo!, protestó el primer comprador.

—Como usted lo oye; por menos de cien liras no lo doy.

Los dos contendientes vacilaron; el precio era demasiado alto. Por fin el segundo dijo, contando algunas monedas:

—Ahí van las cien liras; aparta al muchacho.

—Poco á poco; todavía no es de usted, respondió sonriendo el dueño, he dicho que no lo doy por menos de cien liras, pero no he hablado de precio alguno.

—Bien, bien; eso me gusta, murmuró el primer comprador, yo daría por él ciento diez, ni un céntimo más.

—Se quedará usted sin él, sólo á ciento cincuenta lo cedo.

—¡Ciento cincuenta!

—¡Es una enormidad!

—Ni un céntimo menos.

Siguió un rápido altercado; ambos compradores regateaban el precio, pero sus ofertas se estrellaban en la codicia del dueño.

Los padres de Alegre, con la muerte en el alma, escuchaban aquel diálogo, y aunque desconocían el idioma en que hablaban los compradores con su amo, demasiado comprendían por sus gestos de qué se trataba.

No se engañaron. El primer comprador, poco dispuesto á dar las ciento cincuenta liras por el muchacho, cedió la plaza á su adversario.

Éste, que tenía verdadero interés en adquirir aquel hermoso negrillo, pagó sin regatear más.

—El chico es mío.

—Esto sí está en regla; puede llevárselo.

El comprador, riendo de gusto, tomó á Alegre por la mano y quiso arrastrarlo consigo.

—¡Madre, madre!, gritó el niño, tendiendo sus bracitos hacia su madre en demanda de protección.

El grito del niño repercutió en el corazón de sus padres, que se arrojaron sobre él para defenderlo.

La madre, como leona á quien pretenden arrancarle su cachorro, estrechó entre sus brazos á su hijo; no se lo quitarían sin hacerla antes pedazos...

Pero cuán poco valen las protestas de una madre ante la sórdida codicia de los hombres.

Los corazones nada pesan en la balanza de los mercaderes.

El látigo crujió sobre las espaldas de la esclava, y

dos ó tres árabes servidores de su amo, cayeron sobre ella arrebatándole el pequeñuelo, no sin que antes los labios de la desgraciada hubieran rozado su frente, en un último beso, su postrer adiós.

II

IL SIGNOR BERTONI

Alegre no había hecho más que cambiar de amo. Su nuevo dueño era un italiano, director de una compañía de acróbatas ambulantes, que corría mundo dando funciones al aire libre.

Estaba compuesta de niños que hacían piruetas y de perros sabios. Alegre iba á aumentar el número de aquéllos; sería en adelante un payaso, que exhibiría sus habilidades en las plazas para divertir al público.

¡Pobre niño! En los primeros días de su nueva existencia no hacía más que llorar, ocupada su mente con el recuerdo de sus padres.

El nuevo amo nada le decía; respetaba su dolor, porque tal vez una chispa de compasión había en el alma del acróbata ambulante, ó porque la pena del muchacho estaba presupuesta en los gastos; el chico por llorar no comía...

Pero un día, cansado, sin duda, de sufrirlo, le dijo rudamente:

—Muchacho, basta ya de llorar; de hoy en adelante harás lo que hacen los otros, porque si no...

Alegre no comprendía el idioma del señor director; pero por sus gestos entendió lo substancial de sus órdenes, y amedrentado secó su llanto.

Entró de lleno en su nueva existencia; tuvo que aprender á hacer gracias.

Un payaso que llora de veras, no es un payaso decente.

Pusiéronle un vestido de colores, como convenía á un saltimbanqui; diéronle un nombre, llamáronle Gracioso y señaláronle un papel en las representaciones.

Bien pronto adaptóse á aquella existencia accidentada y nómada, á que le condenaba su fortuna. Vagaban por los campos, trasladándose de ciudad á ciudad en un inmenso carromato que les servía de dormitorio.

De día marchaban á pie detrás del carro, en el que sólo podía ir como cochero *il signor* Bertoni, este era el nombre del digno director de la Compañía. De noche dormían al raso si hacía buen tiempo, y si no, procuraban acomodarse como Dios les daba á entender los cuatro niños acróbatas y los cuatro perros sabios, en el reducido espacio que en el carromato les dejaban los efectos del teatro ambulante y la cama del director.

Su ración de comida, no muy abundante por cierto, tenían que repartirla con el perro que *il signor* Bertoni les había encomendado, porque cada uno de los chicos cuidaba de uno de los cuatro canes de la Compañía.

El bondadoso director era equitativo: tenía algunos principios socialistas y los aplicaba en el terreno de su jurisdicción; los cuatro perros eran para él iguales á los cuatro niños, puesto que trabajaban lo mismo; nada más justo.

A Alegre habíanle entregado un hermoso mastín de San Bernardo, de largas y sedosas lanas. El director, como hombre instruído en historia, había inmortalizado en los perros el nombre de algunos de sus héroes favoritos; el de Alegre, de origen suizo, tenía uno que le cuadraba á las mil maravillas: llamábase Tell.

Tell con el tiempo llegó á ser el mejor amigo de Alegre; éste lo había cuidado desde cachorrito y el perro no reconocía otro amo. El negrillo, que no podía hacer buenas migas con sus otros compañeros, tres chicos blancos, hubo de concentrar todas sus afecciones en su hermoso perro, el único ser que en la Compañía le amaba...

¡Cuántas veces el pobre niño, huyendo de sus compañeros que lo maltrataban y de su amo que le reñía, iba á buscar consuelo en el cariño del perro! ¡Cuántas veces las sedosas lanas de Tell enjugaron las amargas lágrimas de Alegre!

Cuando la Compañía llegaba á alguna población algo importante, se procuraba un local apropiado, ya en una barraca, ya en una plaza, y daba funciones, á las que el público podía asistir mediante un módico precio de entrada.

Pronto el negrillo, más gracioso y más inteligente que sus compañeros, se distinguió entre ellos.

El director llegó hasta decirle, acariciando sus rizados cabellos:

—Llegarás á ser un buen cómico, hijo mío.

¡Un cómico! ¡Pobre Alegre! Cuando oía esto, sentía algo en el fondo de su pecho, una ola amarga que subía, subía á su garganta y se escapaba en un ahogado sollozo ó en una lágrima furtiva. Si hubiera tenido algunos años más, se habría dado cuenta de aquellos fenómenos psicológicos; pero era tan niño..., sentía ansias de llorar cuando estaba solo, y lloraba sin saber por qué.

Así corrieron varios años.

El carácter de Alegre cambió. No fué ya el negrillo que se dejaba maltratar por sus compañeros y se escondía para llorar. No, Alegre no lloraba más; tenía diez años y unos buenos puños, que le servían para defender su autonomía.

Los grandes dolores no echan raíces en los corazones infantiles.

El antiguo negrillo, siempre triste, siempre con un sollozo pronto á levantar su pecho, siempre con una lágrima temblando en sus párpados, había cedido el puesto al muchacho juguetón, vigoroso, alegre; porque el negrillo era alegre como una mañana de primavera.

Y esto era lo justo. ¿Por qué había de estar triste? Ya no recordaba la tragedia de su infancia.

Sus padres... estaban tan lejos, tan lejos, que su recuerdo casi se perdía en las brumas que rodeaban su pasado... Y sin embargo, cuando pensaba en ellos Alegre se entristecía.

Su hogar... ¿Cuándo había conocido un hogar? La pobre choza de techo de palmas, rodeada de plantaciones de mandioca, apenas si despertaba en sus recuerdos la impresión de un sueño olvidado, que nunca se puede reconstruir.

Su patria... ¿Qué sabía el pobre niño lo que es una patria? Para él todo el mundo era suyo; él no era extranjero en ninguna parte; sólo amaba la libertad.

Por eso alguna vez, al verse solo, lejos de su amo, soñó en ser libre para siempre, en abandonar la Compañía, huir para ganarse la vida de otro modo... Pero eran sólo sueños; él lo comprendía, conocía á su amo; sabía que si se escapaba, la policía lo buscaría, y tarde ó temprano caería otra vez en poder del odiado cómico, y entonces pobre de él...

Cuando estos sueños de libertad le asaltaban, Alegre sacudía la cabeza.

—Otra vez, más tarde..., se decía.

El que había cambiado de veras en aquellos años era el director.

Se iba volviendo viejo; sus fuerzas y su salud le abandonaban y con ellas gran parte de sus habilidades. Su voz, su hermosa voz de barítono de que antes se mostraba tan ufano, se había cascado y daba siempre falsete.

La «Compañía de acróbatas ambulantes y perros sabios» iba disolviéndose como un terrón de azúcar en el agua.

Un día *il signor* Bertoni, después de una noche agitada, que había pasado en rumiar cierto proyecto, levantóse al amanecer y tomó el camino de Nápoles, á cuyas cercanías habían llegado.

—Si en Italia, decíase, mi negocio no marcha porque me hacen la competencia otras Compañías, igual cosa sucederá en Francia y en Inglaterra y en cualquiera otra nación europea. Otro gallo me cantaría en una nación nueva; no habría competencia; el público acudiría á mi teatro y mi bolsa se llenaría.

¿Pero qué país sería ese? El nombre de América flotaba ante la imaginación de Bertoni como el de un país encantado.

Una vez en el puerto, buscó un buque que partiera para América. Halló varios: algunos transatlánticos, recomendables por la regularidad de su servicio, eran caros; otros, buques de vela, no aceptaban pasajeros sino por rara excepción.

Pero después de mucho preguntar y de recorrer la rada entera, dió con el capitán de un velero, listo para zarpar.

—¿Cuatro chicos y cuatro perros?, masculló el marino. ¿Y usted? ¡Mucha gente es esa!

—Se acomodan donde quieran; no son delicados; ya ve usted, cómicos ambulantes, acostumbrados á dormir al raso...

—Sí, sí; pero siempre queda pendiente la cuestión del alimento. ¡Supongo que no pretende usted sujetarlos á una dieta forzosa!

El capitán suponía mal; precisamente era lo que pretendía el dignísimo director; no sería la primera vez que negociara sobre el estómago de sus discípulos. A la insinuación del marino, respondió con indiferencia:

—¿Y por qué no?

—¡Hombre!, exclamó el otro asombrado, ¡tiene usted unos discípulos muy baratos!

—Ya le he dicho que no son delicados.

—Sí, voy viéndolo; no son delicados...

—Y siendo así, ¿cuánto pide usted por el transporte de mi Compañía?

—Pero yo no me comprometo á entregarla viva en tales condiciones.

—Eso corre de mi cuenta.

—Bueno, es usted un hombre de recursos; la cuestión presenta así otro cariz. Serían..., pues..., cuatro chicos, cuatro perros y el director ¿no?.. Sin darles más que el aire del mar y el puente de mi buque, ¿eh?..

—Sí, sí.

—Serían, serían á lo sumo, casi nada, doscientas liras, ¿estamos?

Il signor Bertoni casi había caído de espaldas.

—¡Doscientas liras! ¡Es una enormidad!

El capitán lo miró terriblemente.

—Qué, ¿le parece á usted mucho? Pues le juro á usted por la arboladura de mi barco, que si al soltar las amarras no están las doscientas liras en mi bolsillo, me largo sin esperar á usted ni á su Compañía, que poca gracia me hacen tales sabandijas á bordo.

Y al decir esto, giró sobre sus talones, y haciendo crujir las tablas del puente con los tacones de sus botas, se marchó, dejando estupefacto al director de la Compañía de acróbatas ambulantes y perros sabios.

Bertoni comprendió que de aquel lobo no había que esperar una rebaja. No había vuelta de hoja; para marchar á América necesitaba doscientas liras, porque en ningún otro barco querían hacerse cargo de la malhadada compañía.

—¿Cómo conseguirlas? *¡Ecco il problema!*

El director, si bien no era hombre de dinero, era hombre de recursos, como había dicho el capitán. Regresó á su covacha con el firme propósito de procurarse las doscientas liras antes de la partida del barco, enjaezó sus viejos caballos, cargólos con todo el ajuar de su arruinado teatro y tomó el camino de la ciudad.

El día entero anduvo á la pesca de compradores, y al fin de la jornada, después de haberlo cedido todo á algunos empresarios de circos ambulantes, pudo contar en su bolsa algo más de trescientas liras.

III

EL BAUTISMO DEL NEGRILLO

Dos días después, el bergantín *Santa Ana*, de ochocientas toneladas, cargado con vinos y aceites, soltaba sus amarras haciéndose á la vela para Buenos Aires.

A bordo, instalada en el puente, iba la Compañía de acróbatas ambulantes y perros sabios.

Ni los muchachos, ni los perros, como había dicho el director, eran delicados, y á proa, entre algunos fardos que no habían hallado cabida en la sentina, encontraron albergue suficiente. Por fortuna para ellos la temperatura era templada; principiaba el otoño, y en aquella latitud los días aún son cálidos y las noches tibias y agradables.

Alegre, al poner los pies sobre el puente, creyóse transportado á un palacio. ¡Qué hermoso había sido un buque! Nunca pudo ver uno sino de lejos, y ahora que en el colmo de sus ambiciones, no solamente lo veía, sino que lo palpaba, que navegaba en él, creíase feliz del todo.

Pero ese viaje á bordo recordábale otro á bordo también que hiciera muchos años atrás, muchos, tantos, que él debía de ser muy pequeño, en el fondo de un agujero infecto, sin aire, sin luz, entre una multitud de hombres negros.

¡Qué triste recuerdo! Alegre no quería pensar más en eso; quizás no había sido más que una horrible pesadilla.

El *Santa Ana* valía infinitamente más con su cubierta caldeada por los rayos del sol y refrescada por las brisas del mar; prefería viajar al aire libre, sin más techo que la bóveda del cielo, que ir metido en un camaranchón obscuro.

—¡Qué hermoso es el *Santa Ana!*, exclamó, no pudiendo guardar por más tiempo su entusiasmo.

—Hermoso, ¿eh? ¿Te gusta?, preguntóle un viejo marinero que hacía un rato lo observaba.

—¡Ya lo creo! Me gustaría vivir siempre á bordo. ¡Qué lindo es ser marinero!

El viejo sacudió la cabeza sonriendo.

—¿Cómo te llamas, hijo mío?

—¿Yo?, preguntó Alegre, abriendo tamaños ojos.

Nunca se le había ocurrido que podía tener un nombre; en la Compañía le llamaban Gracioso; pero ese no era su nombre, ese era el nombre de un payaso, y lo que aquel buen marinero quería saber era el suyo, ¡su nombre! ¿Lo sabía él acaso?

—Sí, tú, ¿cómo te llamas?

—Yo no me llamo de ningún modo, respondió Alegre, triste y avergonzado.

—Vaya, niño mío, díjole el viejo, que empezaba á comprender algo de lo que el niño no podía decirle.

No te apenes por eso; dime, ¿te agradaría visitar el barco?

—¡Oh, sí, muchísimo!

—Bueno, yo te lo mostraré.

Y tomando al niño por la mano, condújole á popa; desde allí comenzarían á recorrer el bergantín hasta que Alegre se lo supiera de memoria.

La ingenuidad del chico había cautivado el corazón del lobo de mar. Lo que ninguno de los otros muchachos blancos de la Compañía consiguiera, lo alcanzaba aquel negrillo tan hermoso, tan dulce, tan simpático, que ni aun sabía su nombre... ¡Pobre niño! El viejo marinero adivinaba en ese detalle toda una historia; bien conocía lo que son esos acróbatas ambulantes, esos exhibidores de niños pruebistas y de perros sabios, y apostaría una oreja, ¡tifones!, á que *il signor* Bertoni, esa buena pieza que por ahorrar unas cuantas liras alojaba á sus chicos en el puente, mientras él se procuraba un camarote, era de los peores, ¡tifones, sí lo era! No una oreja, las dos apostaría, seguro de ganar; ¡uf!, le daba asco aquel payaso violinista amaestrador de perros...

El negrillo estaba en el colmo de su dicha. El buen marinero, á quien saludaba con respeto la tripulación (¿por qué sería?) y que con tanto cariño lo llevaba de la mano á visitar el buque palo por palo, habíase fijado en Tell, que le seguía humildemente á todas partes.

—¿Es tuyo este perro?, le había preguntado.

—Sí, señor, es mío.

—¿Cómo se llama?

—Tell, respondió el muchacho, acariciando la noble cabeza del perro.

—¡Tell, Tell, ven aquí!, exclamó el marinero.

Y Tell, obediente y cariñoso, saltó hacia él dando gruñidos de satisfacción.

—¡Hermoso animal!, decía hundiendo sus gruesas manos en las suaves y espesas lanas del perro.

Y añadió mirando al muchacho:

—Es tan bueno como tú, ¿verdad, *ragazzo mío?*

Alegre hubiera enrojecido de placer y de vergüenza si á través de su obscura piel se hubiera podido ver el carmín de su sangre; pero entornando sus bellos ojos, como hacía siempre que algo hería simpáticamente las fibras de su alma, respondió estrechando las manos del marino:

—¡Usted sí que es bueno!

—¡Pobre niño!, exclamó el viejo enternecido.

Y agachándose, rozó con sus labios su tersa frente.

Alegre sintió un estremecimiento; una lágrima furtiva tembló en sus párpados; aquel beso despertaba en su memoria la impresión del último que le diera su madre, ¿cuánto tiempo hacía?, era el primero que le daban después de aquél.

El sol se hundía en el ocaso, y sus postreros rayos chispeaban enhebrándose en las azules olas del Mediterráneo. El *Santa Ana*, con sus velas, que crujían hinchadas por una fresca brisa del Noroeste, volaba sobre el mar como un ave inmensa de anchas alas, dividiendo con su quilla la rizada superficie de las ondas.

El negrillo, sentado á popa, mientras su amigo en la rueda del timón dirigía la marcha del buque, miraba el hermoso cuadro del sol poniente.

—¡Qué hermosa tarde!, exclamó entusiasmado.

—Muy hermosa, en verdad, respondió el marino. Ven acá, acércate, hijo mío; dime, ¿te gustan los cuentos?

—¿Y qué son cuentos?, preguntó cándidamente el chico.

—¿No lo sabes? ¿Nunca te han contado ninguno?

—No, nunca.

—¿Y tu madre?...

El marino se mordió la lengua antes de acabar la frase; quizás había dicho demasiado.

Sí, en efecto, había dicho más de lo que convenía. Miró al muchacho y vió toda su alegría desvanecida, su sonrisa nublada, y sus ojos humedecidos por unas lágrimas que pugnaban por esconderse. Alegre, á aquella súbita evocación de su pasado, estaba á punto de llorar.

—Pobrecillo, no llores; ven, hijo mío, exclamó el viejo, soltando la rueda del timón y tomando entre sus manos la cabeza del niño, yo te contaré un cuento, siéntate á mi lado.

De día marchaban á pie detrás del carro

En ese momento, el buque, sin el apoyo del timón, torcióse sobre las olas y dió un fuerte barquinazo.

—¡Eh, que te caes!, exclamó el marinero enderezándolo con una vuelta de la rueda, mientras el muchacho, poco avezado á guardar el equilibrio ante aquellas sorpresas del mar, rodaba por el puente. ¿Te has hecho daño?

—¡Oh, no!, respondió riendo á carcajadas.

—¡Así me gusta verte! Alegre, siempre alegre; ¿y sabes?, tú debes tener un nombre: ¿quieres llamarte Alegre desde ahora?; ¿eh?, ¿qué te parece?, ¿te gusta?

—¡Sí, sí!, me llamaré Alegre, es un lindo nombre.

—Y te sienta muy bien, porque tú eres alegre como las golondrinas cuando cruzan la mar, rozando con sus alitas la espuma de las olas; alegre como las gaviotas, como los delfines, y alegre como la mar cuando se sacude las pulgas.

—Qué, ¿la mar tiene pulgas?

—No, hijo mío, no; es una manera de decir cuando está alborotada; ¿quieres que te cuente un cuento?

—Pero es que yo no sé lo que son cuentos.

—No importa, ya lo verás, di si quieres.

—¿Cómo no? Cuénteme usted uno, lindo, ¿eh?

—Sí, muy lindo; escucha.

EL HIJO DEL CAPITÁN

Era á principios del siglo XIX, en una hermosa tarde del mes de abril.

El sol se hundía en el ocaso, y después de un sofocante día de calor se anunciaba una espléndida noche.

El mar hervía rizado por una suave brisa de SE. y herido por los rayos del sol poniente, semejaba una lámina inmensa de plata labrada.

Hubiera estado completamente desierto, si en aquel instante no lo cruzara un hermoso bergantín goleta de dos gavias que á velas desplegadas huía de los peligrosos archipiélagos griegos en busca de las verdes costas de Sicilia.

Sus estrechas bandas, su fina y levantada proa y su airosa arboladura mostraban en él un velero de primera clase, que con buen viento y desplegado todo su velamen, podía hacer cómodamente sus doce nudos por hora.

En su cuadro de popa leíase en doradas letras un nombre: *Palermo*. Podía suponerse, pues, que era un navío siciliano.

Y en efecto, su dueño y capitán Giovanni Raffadali había nacido en Catania, una de las más bellas é importantes ciudades sicilianas.

Era por entonces un hombre de cuarenta años, en el apogeo de su robustez y de sus fuerzas.

Gracias al *Palermo* y á un activo comercio que mantenía personalmente con las escalas del Levante, había logrado reunir las riquezas suficientes para comprar una hermosa quinta á orillas del mar que tanto amaba, en la que vivía su esposa y en la que había vivido hasta los doce años su único hijo.

Llamábase Enrique, y era un hermoso muchacho de obscuros ojos y negros cabellos y de tez un tanto bronceada, como conviene á un hijo de Catania.

Amaba el mar como su padre y lo temía sin conocerlo, porque Enrique, á pesar de sus doce años, jamás había pisado el puente de un barco en alta mar.

Su padre quería hacer de él un digno sucesor suyo, pero esperaba que cumpliera sus doce años para darle el bautismo de agua salada y hacerle admirar las sublimes grandezas de aquel padre común de los habitantes de las costas.

Mientras tanto, podía jugar con la barca de un viejo pescador amigo, eso sí, en tierra firme; y una que otra vez salir en ella, cuando el tiempo estaba muy hermoso y seguro, á dar un paseíto por la costa.

—Mira, muchacho, solía decirle el pescador sentado á popa con la caña del timón en la mano, empuña los remos y ayuda un poco al viento; no es bueno dejarlo que trabaje solo.

Y Enrique empuñaba los remos y sudaba haciendo esfuerzos para ayudar al viento, consiguiendo en realidad desarrollar sus fuerzas en el rudo aprendizaje de marino.

Pero aquellos paseos no eran suficientes para saciar su ansia de viajar. ¡Qué no hubiera dado por cumplir cuanto antes los doce años, para largarse al mar á bordo del bergantín goleta de su padre!

Este era su sueño dorado, y cuando su cabeza reposaba en la almohada y su espíritu vagaba en lejanos países, sólo veía barcos, islas y mares infinitos y hasta piratas con quienes combatía y á quienes, por supuesto, vencía.

Porque en aquellos tiempos de incesantes guerras, el corso era un negocio que explotaban en competencia los piratas griegos, turcos y argelinos, de que estaban infestados los mares.

Llegó por fin el día en que Enrique cumplió doce años. Seguro de que su padre, á la sazón en viaje, no le iba á engañar, corrió al puerto á ver si había llegado el *Palermo*.

Sí, allí estaba balanceándose sobre las olas, anclado desde la víspera; el capitán Raffadali venía expresamente á cumplir la promesa hecha á su hijo. Este vió desde el muelle los preparativos de desembarque; un bote se desprendió de la banda de estribor y á poco el muchacho caía en brazos de su padre.

—Amiguito, díjole éste, conque hoy te embarcas, ¿eh?

El niño no podía responder; aquello era demasiado hermoso para creído. ¡Embarcarse! ¡Su sueño dorado! Hacía tiempo que aguardaba ese dichoso instante; y ahora que llegaba, apenas podía creer que no fuera un sueño.

Al día siguiente, después de haberse despedido de su madre, que se quedaba en tierra rogando por su esposo y por su hijo, Enrique, desde el barco, sintió el áspero chirrido de la cadena del ancla al ser arrastrada por el cabrestante, y el sordo crujir de la lona acariciada por la brisa, y después el estremecimiento de las maderas del bergantín, que se ponía en marcha.

(Se continuará.)

Cuando apareció el primer cinematógrafo, no hubo quien no predijera un grande éxito á esa nueva aplicación de la fotografía; pero no creemos que hasta los que más fe tuvieron en su porvenir, pudiesen suponer el gran desarrollo que ha alcanzado hoy en día, y para dar idea del cual bastará decir que sólo en París, en tres casas especialmente establecidas para esto, se producen actualmente cerca de *cien mil*

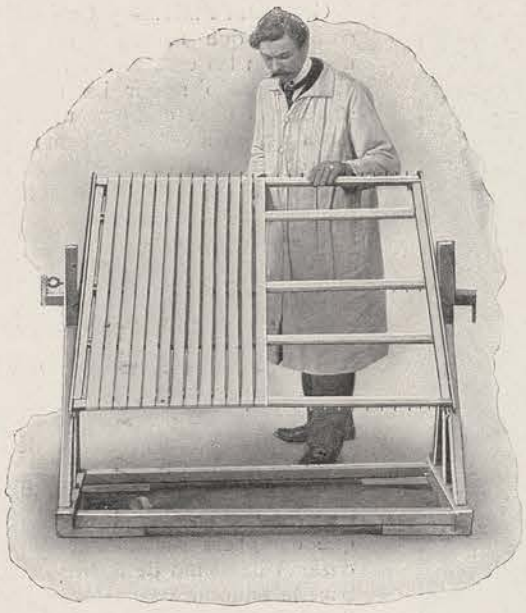


Fig. 1. – Enrollamiento de una película en su marco

metros de película positiva cada día. Cierto que París es el principal centro de producción, pero la producción de los países extranjeros no es despreciable. Y esta abundancia se explica teniendo en cuenta que no hay población de mediana importancia que no tenga uno ó varios cinematógrafos permanentes; que durante todo el año se exhiben temporalmente, con motivo de las ferias, hasta en los más insignificantes pueblos; que la publicidad se apodera de ellos para llamar la atención sobre los productos que se encarga de alabar, y que es indispensable una continua renovación de asuntos á fin de satisfacer al espectador y entretenerle durante una ó dos horas.

Y aquí se ofrece una pregunta: ¿en dónde encontrar siempre asuntos nuevos? Como en el teatro, se necesitan obras nuevas, y de aquí que el fabricante de películas cinematográficas sea un verdadero director de teatro, á quien se ofrecen espectáculos escenográficos y hasta manuscritos, y que escoge lo que le conviene, monta la obra y paga derechos de autor. Del mismo modo que algunos artistas han ganado mucho más cantando para el fonógrafo que si hubiesen cantado en el teatro, hay autores y actores para quienes el teatro habría sido sin duda ingrato y que se ganan muy bien la vida en el cinematógrafo; varios de ellos están contratados por un año y no trabajan más que para una sola casa.

Y más vale que sea así, porque se trata de una clase de trabajo especialísimo, que se diferencia del teatro ordinario en que si bien los ensayos se han de efectuar con cuidado para llegar á una ejecución irreprochable, la obra no se representa más que una sola vez y hay que ponerse inmediatamente á estudiar otra. Y si bien es verdad que no hace falta la memoria de las palabras, en cambio es necesaria la del gesto. También para el director resulta el género distinto, pues no ha de buscar en el decorado ni en los trajes los efectos de los colores, ya que en este punto la fotografía sólo le causaría decepciones, reproduciendo en negro los rojos más vivos y en blanco los azules más celestes. Por esto se escogen decoraciones y trajes de tonos neutros, á reserva de hacer pintar luego la película á capricho; de esto hablaremos más adelante.

El teatro ha de estar provisto de la misma maquinaria escenográfica que los ordinarios, á fin de perder el menos tiempo posible en la colocación del decorado; pero así como en los escenarios comunes reina la obscuridad y se emplea sólo la luz artificial, los escenarios cinematográficos han de estar á plena luz y construídos, por ende, con claraboyas, como se ve en la figura 4, que es la reproducción de una fotografía de la instalación de la casa Gaumont, de París. El bastidor que hay en el centro del grabado, hacia la derecha, sostiene potentes lámparas eléctricas que suplen la luz solar en los días lluviosos.

Aparte de las escenas ejecutadas en el taller, hay las que se desarrollan al aire libre (fig. 2) y que se toman con ventaja en el campo, buscando el sitio que mejor convenga á la acción que haya de representarse. Algunos episodios de la guerra ruso-japonesa se desarrollaron en los fosos de las fortificaciones de París y otros en terrenos yermos cercanos á éstas ó en el accidentado parque de las Buttes Chaumont. Para ciertas escenas de la Pasión de Jesucristo, la casa Gaumont llevó 130 figurantes y 25 caballos con armas y bagajes, durante varios días, al bosque de Fontainebleau. A veces hay que ir mucho más lejos para encontrar el sitio á propósito; pero muy á menudo se opera en las inmediaciones del taller.

Hace poco, pasábamos por una calle, de ordinario muy tranquila, de Vincennes, y vimos un gran grupo de gente; de pronto, un obrero, desde lo alto de una escalera, arrojaba á un gendarme sobre la muchedumbre... Se trataba de la confección de una película cinematográfica ejecutada por la casa Pathé, que tiene allí cerca unos talleres importantes, y el gendarme era simplemente un maniquí.

Hablemos ahora de las películas con trampa, por decirlo así. Aparte de los verdaderos espectáculos de comedia de magia, para los cuales es una especialidad M. Melies, hay las películas que representan accidentes reales. Si un ómnibus ha de derribar un andamio en donde trabajan varios obreros, colócanse en el andamio algunos clowns, que saben caer sin hacerse daño, y se opera de acuerdo con el cochero del ómnibus, que choca con aquél suavemente. Si se trata de una locomotora que vuelca un carruaje, se procede del mismo modo en una vía de poco tráfico y después de ponerse de acuerdo con los agentes de la compañía del ferrocarril. Todo esto se ejecuta con personal escogido y con mucha calma; pero el cinematógrafo tendrá buen cuidado de maniobrar, lo mismo en la toma del negativo que en la proyección en la tela, de manera que dé la impresión de un acto que se desarrolla muy de prisa: todo es cuestión de más ó menos vueltas de manubrio por segundo.

Fig. 2. – Impresión en una película cinematográfica de una escena al aire libre

Si se trata de accidentes inverosímiles, hay que recurrir á un artificio. Tenemos, por ejemplo, un globo aerostático cuya áncora agarra distintos objetos para luego dejarlos caer desde alto; primeramente se tomará la película de un globo que se eleva dejando colgar el áncora; después, en una calle de poco tránsito, se situarán sobre los tejados de casas fronteras algunos hombres vigorosos que sostendrán los dos extremos de una cuerda, de cuyo centro penda el cable con el áncora y se dispondrá el cinematógrafo de modo que las imágenes sólo abarquen la parte vertical del cable y del áncora, y paseando ésta en el espacio de algunos metros, se hará que agarre todo lo que se quiera y que luego lo vaya soltando. Hecho todo esto, se unen cuidadosamente las películas por sus extremos, y de un negativo cuya ejecución ha exigido varios días, se obtiene un positivo que, proyectado en la tela, causa la impresión de un suceso que dura algunos minutos. La facilidad de cortar y pegar las películas permite lograr efectos de aparición y substitución que con frecuencia se utilizan para las escenas cómicas ó fantásticas. En cuanto á las verdaderas magias, generalmente hay que ejecutarlas por los medios ordinarios del teatro: escotillones, hilos invisibles, fondos negros, etc.; por esto, como hemos dicho, tiene M. Melies, director del teatro Roberto-Houdin, la especialidad de esa clase de películas, algunas de las cuales son obras maestras de imaginación y de ejecución.

Finalmente, el editor de películas cinematográficas ha de preocuparse también de la actualidad, y en su consecuencia, ha de estar al corriente de todos los

Fig. 3. – Desarrollo de una película

sucesos interesantes y ha de procurarse el mejor sitio para presenciarlo y á veces hasta tendrá que construir andamiajes especiales. No vacilará tampoco en enviar operadores á todos los países, incluso para seguir operaciones militares, en cual caso el puesto no dejará de ser á veces peligroso. Por todas estas circunstancias, se comprende que, en general, la ejecución del negativo de la película cinematográfica cueste muy cara; los negativos de 4 ó 5.000 francos no son raros y algunos han costado hasta 20 y 30.000. La Pasión de Jesucristo, que antes mencionamos, costó unos 20.000. La película positiva tiene una longitud de 660 metros y contiene 33.000 imágenes que tardan 20 minutos en desfilar por la tela. Y hay otras más largas todavía.

Para obtener 100 metros de negativo utilizable hay que gastar 2 ó 300 de película, pues necesariamente se estropea una gran parte de ésta. El operador que quiere conseguir una ejecución perfecta, repetirá tres ó cuatro veces el mismo movimiento; además, cuando todo está terminado y se hace pasar la película por la linterna, se ve que hay trozos lentos y entonces se cortan largas series de imágenes para formar el negativo definitivo; pero si éste sale bien y resulta interesante, producirá millares de kilómetros de película positiva, habiendo habido algunos de los que se ha hecho una tirada continua durante semanas. Esta tirada se hace mecánicamente, por supuesto.

Digamos ahora algo de la parte material de la ejecución. La primera materia, película de celuloide cubierta de emulsión al gelatino-bromuro para los negativos y al gelatino-cloruro para los positivos, sólo dos casas la fabrican para todo el mundo: la de Eastmann y la de Lumiere. Esas películas se entregan sin perforar, pues si bien la dimensión de las imágenes es la misma para todos los sistemas, el procedimiento de arrastre varía según los aparatos, siendo distintas las disposiciones adoptadas para los agujeros que llevan las películas. Éstas pasan, pues, primeramente por perforadoras, instaladas en sitio obscuro y especialmente estudiadas para cada cinematógrafo, y luego se ponen en carretes y se almacenan con indicaciones relativas á la longitud y al género de perforación.

Una vez impresionadas, pasan las películas al taller de desarrollo, que comprende varias salas en donde no penetra la luz del día y en donde varios obreros trabajan simultáneamente en multitud de tinas colocadas unas al lado de otras. El procedimiento más generalmente seguido para la manipulación de las películas consiste en enrollarlas en un marco de madera (fig. 1), que se maneja como una placa, y en sumergirlas en tinas (fig. 3) que contienen el revelador, retirándolas de cuando en cuando para vigilar, por medio de una linterna encarnada, la aparición de la imagen. Las operaciones de lavado y fijación se efectúan siempre con ese marco, del que no se sacan las películas hasta que están enteramente secas; entonces se enrollan y pasan á la comprobación y al ajuste. Cuando el negativo está constituído por la soldadura de las diferentes partes de película, tomadas del modo que dejamos explicado, pasa al taller de retoque, en donde algunas obreras, dotadas de excelente vista, examinan las imágenes una por una y con un pincel minúsculo tapan los agujeritos que puede haber en ellas. Después de esto, el negativo es enrollado y puesto en una caja para pasar al taller de tirada. La impresión de las películas positivas se hace por contacto, pasando la película negativa al mismo tiempo que la película sensible al gelatino-cloruro, por un aparato parecido á un cinematógrafo ordinario, delante del cual hay una lámpara de incandescencia. El desarrollo, la fijación y el viraje, si procede, se efectúan por medio de marcos y tinas como para los negativos, pero en locales menos obscuros, pues las emulsiones para positivos son menos sensibles á la luz. El positivo, cuando está seco, pasa también por el taller de retoque, y algunos son no sólo retocados, sino también pintados. ¡Parece mentira que cada una de las 30.000 imágenes que contienen ciertas películas haya sido pintada á mano! Y sin embargo, es así. Este trabajo lo ejecutan generalmente mujeres, dividiéndolo hasta lo infinito y haciendo cada una siempre el mismo: una pinta las caras, otra las partes azules, otra las encarnadas, etc. En la actualidad, se ha facilitado la operación ejecutándola con patrón, como en los periódicos de modas, en las postales, etc., para lo cual se sacrifican varios positivos, recortando en uno todas las caras, las manos, en una palabra, todas las carnes; de este modo, la obrera no hace más que aplicar el patrón á la película que ha de pintarse y pasar por encima uniformemente un pincel con color de carne. Lo propio se hace con los vestidos, los árboles, etc. Para una sola película se necesitan á veces cuatro ó cinco patrones y el trabajo más delicado consiste en recortarlos; pero hecho esto, se comprende cuán simplificada queda la operación y con cuánta rapidez se practica. Seguramente esa labor podrá hacerse algún día con máquina, lo que permitirá rebajar considerablemente el coste de las películas pintadas, que ahora es de unos dos francos el metro, al paso que el de las ordinarias oscila entre 1 y 1'25.

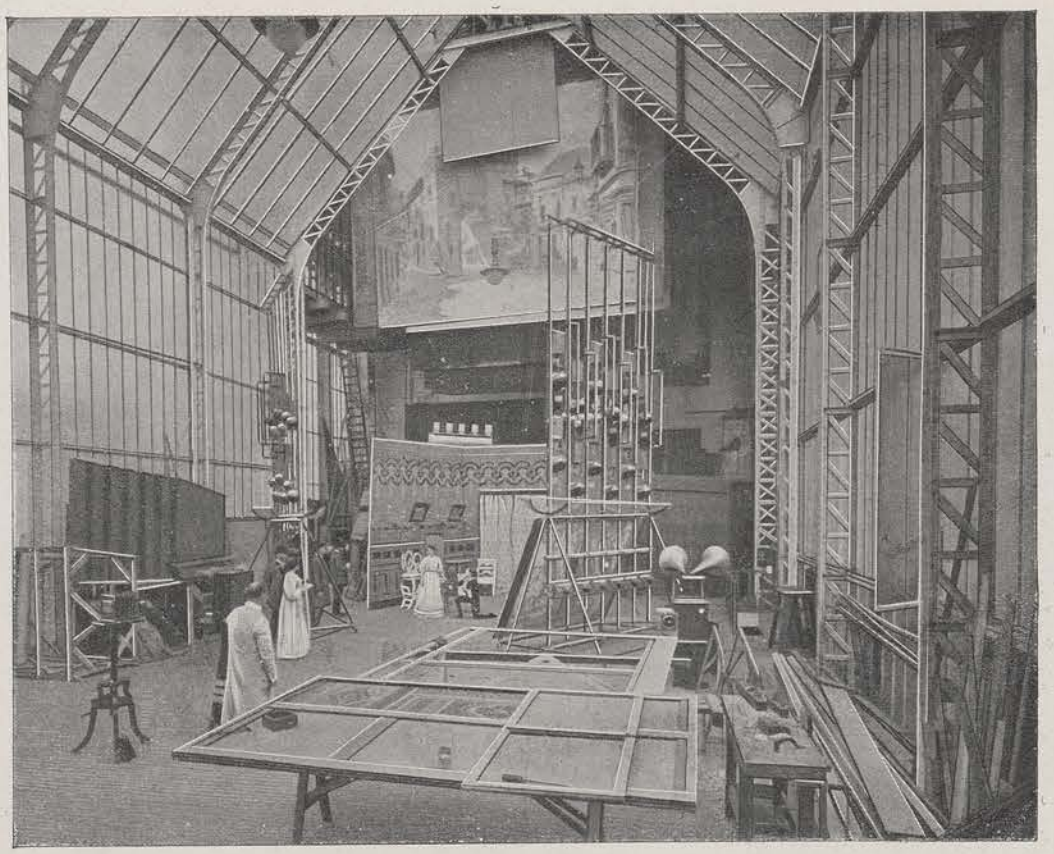


Fig. 4. – Teatro de cristales de la casa Gaumont, de París. Impresión en una película cinematográfica de una escena de interior

Aplicando estos precios al número de metros que antes hemos indicado, se verá la cifra importante que alcanza el negocio de esa industria, de la que viven gran número de personas y que, hasta el presente, tiene su principal centro en Francia.

G. MARESCHAL.

Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores. — Calle de Aragón, núms. 309-311. Barcelona

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa *Bescherelle*, *Littré*, *Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. – Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. – Cuatro tomos: **55 pesetas.**

Montaner y Simon, editores.—Aragon, 309 y 311. Barcelona

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Rougemon núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal cura las **ENFERMEDADES DE LA PIEL**

Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.

EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cía, 102, R. Richelieu, Paris.

Todas Farmacias.

Historia general del Arte

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesants texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. – Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Dentición JARABE DELABARRE

JARABE SIN NARCÓTICO.

Facilita la **salida** de los dientes, previene ó hace desaparecer los **sufrimientos** y todos los **Accidentes** de la **primera dentición.**

EXÍJANSE el SELLO de la *"Union des Fabricants"*, y la FIRMA **DELABARRE.**

Establecimientos **FUMOUZE**, 78, Faubourg St-Denis, Paris, y las Farmacias del Globo.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

SOBERANO CONTRA

CATARRO – ASMA – OPRESIÓN

30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.

Todas Farmacias.

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.**

Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**

Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

La cocina

El comedor

París.—El Calentador de mediodía de la calle de Saint-Honoré. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

París no es sólo la gran ciudad que se divierte, el emporio del placer y del lujo, la hermosa y rica metrópoli que se preocupa de atraer y cautivar á los potentados de todo el mundo, brindándoles lo que en ninguna otra capital encontrarían; es además una de las capitales en donde mejor organizada se halla la beneficencia, en el más amplio sentido de la palabra. En efecto, aparte de la asistencia pública, abundantemente dotada por el Estado y por el municipio, son innumerables las instituciones privadas que ejercen la caridad en sus múltiples formas, atendiendo no solamente á las necesidades de la miseria que se remedia ó alivia con asilos, hospitales y limosnas, sino además á las de otras gentes de condición humilde, que, sin vivir en la indigencia, tienen que hacer grandes esfuerzos para con su modesto jornal proveer á su subsistencia.

Una de esas instituciones es la de los *rechauds*, escalfadores, por decirlo así, establecimientos en donde por diez céntimos pueden las modistillas calentar la comida que se han llevado de sus casas por la mañana, al marchar al obrador, y hacer su refacción en agradable compañía y en limpias mesas dispuestas en amplios y cómodos locales.

Si se tienen en cuenta el gran número de jóvenes que en París ejercen el oficio de modista y las largas distancias que separan los barrios del centro de la población, en donde los talleres están situados, de los barrios extremos, en donde aquéllas habitan, se comprenderá la utilidad de esa institución que, por una cantidad insignificante, proporciona á toda una clase social comodidades y ventajas higiénicas de que sin ella se vería privada.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN